

# No somos tan grandes como imaginábamos. Historia global y Monarquía Hispánica

RAFAEL VALLADARES\*  
Instituto de Historia, CSIC

*We are not as big as we thought we were. Global History and Hispanic Monarchy*

## RESUMEN

*El auge de la historia global permite estudiar la Monarquía Hispánica desde una nueva perspectiva basada en el comparatismo, la síntesis y la globalización. El análisis de estos tres conceptos en la historiografía del siglo XX ayuda a establecer una idea más exacta de las posibilidades de la historia global en relación a la experiencia mundial española de la Edad Moderna.*

## ABSTRACT

*The rise of global history has opened the way to study the Hispanic Monarchy from a new perspective based on comparatism, synthesis and globalization. The analysis of these three concepts during the XXth century helps to establish the possibilities of the global history respect to the Spanish world experience in the Early Modern Times.*

## PALABRAS CLAVE:

*Historia global, Monarquía Hispánica, globalización, historiografía, Congresos Internacionales de Ciencias Históricas, siglos XX y XXI.*

## KEY WORDS:

*Global history, Hispanic Monarchy, globalization, historiography, International Historical Congresses, XXth-XXIth centuries.*

---

\* Este trabajo ha sido en parte posible gracias a una estancia en el *Institut for Advanced Study (IAS) de Princeton*, Estados Unidos, financiada por la Universidad de Castilla-La Mancha en el año 2006. Agradezco muy especialmente al Profesor Jonathan Israel y a todo el personal del IAS la amabilidad y los medios que me dispensaron. También me he beneficiado del debate mantenido con muchos de mis colegas con motivo de la propuesta que llevé a cabo en 2002 de crear un Departamento de Historia Comparada en el CSIC y, posteriormente, entre 2006 y 2008 como miembro del Grupo de Estudios sobre la Globalización en el mismo centro. Mi experiencia en la revista *Hispania* entre 2002 y 2012 como secretario, responsable de reseñas y director, sucesivamente, ha contribuido también a la elaboración de este texto.

¿Cuánta historia global cabe en la historia de la Monarquía Hispánica? O mejor: ¿qué historia global es posible en el caso de la Monarquía Hispánica y, sobre todo, durante su época de mayor despliegue, la de la unión con Portugal entre 1580 y 1640? Seguramente la respuesta más prudente a una pregunta de esta naturaleza —que hace solo unos años habría sonado temeraria— consiste en definir primero qué entendemos por historia global. Por laboriosa que esta empresa resulte, hoy ya no parece oportuno ni honrado posponerla. El avance adquirido por la historiografía *globalista*<sup>1</sup> e incluso la presión que esta ya ejerce sobre los medios académicos y editoriales, invita a los historiadores de los siglos XVI a XVIII y, muy singularmente, a los dedicados a la experiencia imperial española, a no retrasar más esta reflexión.

Inicialmente han sido tres los conceptos que aparecen en el origen de la moderna historia global: el comparatismo, la síntesis y la globalización propiamente dicha. La llegada del método comparado a la historiografía ha sido tardía y más lenta que en otras disciplinas sociales y humanas, pero hoy resulta ineludible y ya se ha instalado en el cuerpo científico. Cada vez comparamos más y mejor, en el sentido de que los estándares académicos no pasan por alto que una investigación no incluya un mínimo de referencias al mismo problema considerado en otro contexto. En ciertas ocasiones esta exigencia ha conducido a expandir las notas a pié de página hasta límites reñidos con la moderación, pero también nos ha vacunado contra el aislamiento científico y el excepcionalismo, que cada vez tienen que estar mejor justificados. Esta batalla ha sido larga y tuvo a Alemania como epicentro<sup>2</sup>. Su más discutida cabeza ya en la contemporaneidad fue el historiador germano Karl Lamprecht (1856-1915). La sonada polémica que generó su visión cultural de la humanidad atravesó las fronteras, entre otras cosas porque Lamprecht aprovechó los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas de Berlín en 1908 y de Londres en 1913 para ganar visibilidad. Original y provocador frente a la historia convencional, Lamprecht culminó su esfuerzo de someter la política a la cultura con la fundación en 1909 del Instituto de Historia Cultural y Universal de la Universidad de Leipzig, donde era catedrático. Desde allí promovió el comparatismo sin descanso y una división poco aceptada entre historia mundial (*Weltgeschichte*), centrada en Eurasia, y otra universal (*Universalgeschichte*), comprensiva de la humanidad. La ordenación de las culturas mediante categorías antropológicas, sociológicas y psicológicas miraba a unificar el mundo alterando la idea de que la única historia coherente era la que estudiaba la civilización indoeuropea y desde sus entramados políticos. Para Lamprecht, la disparidad cultural entre los pueblos obedecía a una cuestión de tiempo más que de inferioridad. En esta misma dirección apuntaron discípulos suyos como Hans Ferdinand Helmut (1865-1929), coordinador entre 1899 y 1907 de una *Weltgeschichte* en nueve volúmenes pionera en

<sup>1</sup> Tal sería la mejor traducción para el nombre que usan los historiadores anglófonos que practican la *Global History* y la *World History*: *globalist historian* y *World historian*, respectivamente.

<sup>2</sup> HARBSMEIER (Copenhague, 1989), 99/131.

abarcó toda la Tierra mediante criterios geográficos, y Kurt Breysig (1866-1940), que en 1909 vio frustrado su intento de fundar en Berlín un Instituto de Historia Comparada ante las acusaciones de sus colegas más conservadores de que tal centro solo serviría para inyectar «confusión y diletantismo» en los alumnos<sup>3</sup>.

El comparatismo avanzaba, pero con problemas. Es un hecho poco recordado que el Primer Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en París en 1900 se llevó a cabo bajo la denominación de Congreso Internacional de Historia Comparada<sup>4</sup>. Los responsables del evento dejaron este último nombre en las actas, pero ya en la siguiente convocatoria de Roma de 1903 (y en las publicaciones sucesivas) pasó a llamarse Congreso Internacional de Ciencias Históricas<sup>5</sup>. No hay duda de que el nombre finalmente escogido sirvió mejor a la causa de aglutinar a toda la historiografía sin divisiones de método, pero es significativo que el comparatismo hubiese estado a punto de convertirse en el sello de la historia científica y cosmopolita que estos congresos pretendían erigir en guía de la profesión. La «solidaridad» entre historiadores resultaba prioritaria si se aspiraba a competir exitosamente con los científicos sociales, en especial con los sociólogos, acusados de haber expulsado a los historiadores del olimpo académico y haberlos reducido a meros anticuarios<sup>6</sup>.

Sin embargo, aquella derrota nominal del método comparado no derivó en su abandono por los historiadores. Antes bien, en los años diez, veinte y treinta vieron la luz las reflexiones fundacionales y las primeras obras empíricas del comparatismo historiográfico, algunas muy brillantes y todavía una referencia obligada, como los textos del austríaco Otto Hintze, del belga Henry Pirenne y del francés Marc Bloch<sup>7</sup>. Pirenne, atribulado por la catástrofe de la Primera Guerra Mundial, exhortaba en 1923 a escribir una historia lo más objetiva posible. «¿Cómo lograrlo —se preguntaba—, si no es por el método comparativo?». «Solo este, continuaba, es capaz de hacer evitar al historiador las trampas que le rodean, de permitirle apreciar en su grado preciso de verdad científica los hechos que estudia. Por él, y solo por él, la historia puede llegar a ser una ciencia y separarse de los ídolos del sentimiento. Llega a serlo en la medida en que la historia nacional adopta el punto de vista de la historia universal. A partir de aquí, la historia no será solamente más exacta, será también más humana. El beneficio científico irá de la mano del beneficio moral, y nadie lamentará si un día esta historia inspira a los pueblos, al mos-

---

<sup>3</sup> Sobre Lamprecht y su escuela véase el número monográfico que le dedicó *Comparativ*, 1-4 (Leipzig, 1991), así como CHICKERING, 1993, 335/352; MIDDELL, 2005; y WELLER, (Bogotá, 2010), 227/267. Agradezco las dos últimas referencias a Michael Zeuske y Medófilo Medina, respectivamente.

<sup>4</sup> ERDMANN, 2005, 17/19. El autor no profundiza en los motivos que llevaron a escoger esta denominación. Agradezco esta referencia a José Luis Peset.

<sup>5</sup> Véanse *Congrès International d'Histoire Comparée*, París, Colins, 1901, y *Atti del Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, 12 vols., Roma, Accademia dei Lincei, 1904.

<sup>6</sup> NOIRIEL, 1997, 67/73.

<sup>7</sup> Referencias a ellos en ELLIOTT, 2002, 267/286, y HANNICK, 2000, 301/327. Una reflexión que actualiza la propuesta concreta de Bloch, en AYMARD, 1990, 271/278.

trarles la solidaridad de sus destinos, un patriotismo más fraternal, más consciente y más puro»<sup>8</sup>.

De forma casi natural, Pirenne reactivó la tradición iniciada en los congresos anteriores para trazar un camino que luego recorrerían la mayoría de los historiadores comparatistas: el que arranca de la comparación propiamente dicha, sigue con la necesidad de sintetizar, avanza a través de la desnacionalización del discurso y desemboca, inevitablemente, en un constructo «moral» —ético, si se prefiere— que aúna ciencia y cosmopolitismo. El reconocimiento de que todos los países habían experimentado por igual glorias y horrores debía desactivar esos «ídolos del sentimiento» que quedaban identificados con el nacionalismo, la pseudobiología y la irracionalidad de la fuerza. En buena medida, el resto del devenir del método comparado en la historiografía prácticamente se confunde con el de la misma historia global, y no sin motivo.

El segundo factor que explica el auge de la historia global es nuestra actual demanda de síntesis. *Actual*, aunque también ha contado con un largo prolegómeno, pues a cada aumento exponencial de las publicaciones y de la especialización se ha hecho necesario resumir los logros para establecer balances. Se trata de un ciclo científico bien conocido que ya tuvo lugar entre fines del siglo XIX y primeros del XX, a raíz del cual se generó un gran debate sobre el problema de la síntesis en los distintos campos del saber, incluido el histórico. El hito más destacado a este respecto fue la creación en 1900 de la *Revue de Synthèse historique* por Henri Berr (1863-1954), ansioso por frenar el descrédito de una historia analítica y fragmentada frente a una sociología que generalizaba e interpretaba —que era *científica*— gracias a una síntesis continua. Más de veinte años antes del citado manifiesto universalista de Pirenne, Berr había defendido la hilación entre la síntesis, que implicaba practicar la historia comparada, y la «moral» científica. «La síntesis —concluyó— es útil, incluso moralmente, al hacer concebir la dignidad de la ciencia»<sup>9</sup>.

Hoy, como en los tiempos de Berr, el llamado «conocimiento especializado» (tal vez una expresión redundante) ha entrado de nuevo en una fase muy comprometida. Desde esta perspectiva es enorme el sentido que cobra la historia global, o *world history*, como realmente se llamó en su origen contemporáneo. «El problema de la historia mundial —afirmó en 1928 el historiador estadounidense Fred

<sup>8</sup> «Elle seul est capable de faire éviter à l'historien les pièges qui l'entourent, de lui permettre d'apprécier à leur juste valeur, à leur degré précis de vérité scientifique, les faits qu'il étudie. Par elle, et par elle seule, l'histoire peut devenir une science et s'affranchir des idoles du sentiment. Elle le deviendra dans la mesure où elle adoptera pour l'histoire nationale le point de vue de l'histoire universelle. Dès lors, elle ne sera pas seulement plus exacte, elle sera aussi plus humaine. Le gain scientifique ira de pair avec le gain moral, et personne ne se plaindra si elle inspire un jour aux peuples, en leur montrant la solidarité des leurs destinées, un patriotisme plus fraternal, plus conscient et plus pur». PIRENNE, 1923, 19/32.

<sup>9</sup> BERR (París, 1900), 1/8. Berr volvería a insistir en el valor de la síntesis en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Bruselas en 1923; ERDMANN, 2005, 88.

Morrow Fling (1860-1934)— es el problema de la síntesis histórica»<sup>10</sup>. Fling no era un historiador cualquiera. Cuando expuso su comunicación sobre «El problema de la historia mundial» en el VI Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Oslo aquel año, venía avalado por su fama como antiguo alumno de la universidad alemana de Leipzig, luego profesor en la universidad de Nebraska y por último amigo del presidente americano Woodrow Wilson, a quien acompañó a París en 1918 como asesor de historia diplomática durante la conferencia de paz que puso fin a la Primera Guerra Mundial. Es fácil imaginar las conversaciones entre Fling y Wilson a bordo del *George Washington* cuando ambos navegaban hacia Francia integrando la delegación americana. Wilson, abogado —y también historiador—, había sido tiempo atrás profesor de historia comparada de Francia e Inglaterra y de las instituciones europeas<sup>11</sup>. La pasión de Fling por el documento y por un género *pequeño* como la biografía —dejó una dedicada a Mirabeau— no le impidió percatarse de que la historia debía aspirar a lo general por encima de lo particular, aunque ambos polos fueran igual de necesarios<sup>12</sup>. Ya en 1920 Fling había publicado un manual de introducción al famoso «método histórico» de Ernst Bernheim (1850-1942), a quien admiraba desde su estancia en Alemania y en el que fue más allá de poner al alcance de los alumnos estadounidenses las enseñanzas de su maestro. Al tratar del punto clave de la síntesis, lo unió al no menos difícil de la historia mundial, a la que convirtió en un arte vinculado a la particular «filosofía de la vida» de cada historiador. Desde el momento en que la síntesis mundialista obliga a una selección factual muy restringida, el problema que emerge es de tal calibre que solo halla salida desde una opción que debe tender al equilibrio, aunque sea inevitablemente subjetiva:

«¿Qué debe incluir una historia del mundo? ¿Debe tratar todos los aspectos del desarrollo completo del hombre, el económico, el educativo, el político, el científico, el artístico, el filosófico y el religioso, o solo uno o dos de estos, el económico y el político, por ejemplo? Si trata todos, ¿dónde debe ponerse el énfasis? ¿Cuál de estas actividades es la más importante? ¿Importante para qué? Aquí estamos en el verdadero santuario de la metafísica (...) ¿Qué son las llamadas interpretaciones políticas, económicas y religiosas de la historia sino expresiones de una filosofía de vida? (...) Lo que una historia del mundo debe incluir dependerá de la filosofía de vida del autor de la historia»<sup>13</sup>.

---

<sup>10</sup> FLING, 1928, 360/361. FLING (Bloomington, 1903), 1/22.

<sup>11</sup> SCHULTE NORDHOLT, 1991, 25/28 y 32/37. El innegable nacionalismo de Wilson no estaba reñido con su interés por la historia universal, si bien desde un enfoque pro-occidental.

<sup>12</sup> OSBORNE, (Towson, 2003), 466/501.

<sup>13</sup> «What shall enter into a history of the World? Shall it deal with all sides of man's unique development, economic, educational, political, scientific, artistic, philosophical and religious or with only one of two of these, the economic and political, for example? If with all, where is the emphasis to be laid? Which of these activities is the more important? Important for what? Here we are in the very inner sanctuary of metaphysics (...) What are so-called political, economic and religious interpretations of history, if not expressions of a philosophy of life? (...) What a world's history shall be, will depend upon the philosophy of life of the writer of the history». FLING, 1920, 133/134.

Ocho años después de escribir estas palabras, para Fling el problema del historiador seguía consistiendo en fundir estas dos operaciones, la de seleccionar y sintetizar, aunque ahora con más urgencia a causa de que entre fines del siglo XIX y la primera posguerra mundial había nacido un mundo mucho más conectado e interdependiente. Era ahí donde la síntesis se revelaba como la gran solución:

«Tal síntesis es posible y necesaria. El historiador de hoy se encuentra a sí mismo en una posición no muy diferente de la de Polibio en el siglo II a.C., cuando el mundo entero del Mediterráneo estaba siendo reunido en una gran sociedad mundial. La diferencia entre ambas situaciones es que la primera tiene que ver con una parte de la raza humana, mientras la segunda afecta a toda la raza humana de toda la Tierra. El estado del problema sugiere la forma de tratarlo, principalmente mediante un relato de cómo la sociedad civilizada, comenzando por Egipto, Mesopotamia y el Egeo se difundió alrededor del globo y, a finales del siglo XIX, había creado una sociedad mundial»<sup>14</sup>.

La nueva historia mundial debía explicar la creación de esa «sociedad mundial compacta e interdependiente» —*a world society compact and interdependent*—. Fling dejaba clara esta misión sin resquicio para la duda, a la vez que asentaba el método de trabajo. «La descripción de la formación de una sociedad mundial es historia mundial —sentenció—, y es un problema tan objetivo y definido como la descripción de la unificación de Italia. Tal tratamiento no agota el problema de la historia mundial; solo se ocupa de su unidad externa»<sup>15</sup>. Al transferir el sistema de investigación aplicado hasta entonces a la historia estatal al campo de la sociedad mundial, Fling proponía a sus colegas que aplicasen una técnica sencilla y bien ensayada para la elaboración de síntesis transnacionales sin miedo a las fronteras. Empero, esto suponía también una provocación en línea con el combate antinacionalista que los Congresos de Ciencias Históricas habían librado desde su inicio y que culminaría en la década de 1928 a 1938, durante la cual el tema de la nación y el estado disfrutó de amplias secciones propias<sup>16</sup>. Es irónico que a la historiografía le haya costado dos generaciones más redescubrir este embrión del revisionismo antiestatalista. Consciente de su desafío, Fling señaló este modo de operar únicamente como el comienzo de un proyecto mucho más ambicioso radi-

<sup>14</sup> «Such a synthesis is possible and necessary. The historian of today finds himself in a position not unlike that of Polybius in the second century A. D., when the entire world of the Mediterranean was being brought together in one great world society. The difference between the two problems is that the first dealt with but a part of the human race, while the last has to do with the entire human race inhabiting the entire earth. The statement of the problem suggest the treatment of it, namely, an account of how civilized society, arising in Egypt, Mesopotamia and the Aegean, spread around the globe and, at the close of the nineteenth century, had created a world society». FLING, 1928, 360.

<sup>15</sup> «The description of the formation of a world society is world history, and is as objective and definite a problema as the description of the unification of Italy. Such a treatment does not exhaust the problem of world history; it deals only with external unity». FLING, 1928, p. 361.

<sup>16</sup> ERDMANN, 2005, 151. Las actas del congreso de Zurich de 1938 contienen textos notables sobre el problema del estado en la IX sección, «Historia del Derecho y de las Instituciones». *Actes du Congrès...*, 289 y ss.

cado en la historia de la «civilización», entonces sinónimo de progreso. «Respecto al desarrollo de la civilización en esta sociedad expansiva —continuaba—, debemos describir en orden cronológico los sucesivos grupos culturales mostrando cómo se formó cada grupo, sus características culturales y sus relaciones con sus antecesores y sucesores, enfatizando sus contribuciones a la civilización mundial»<sup>17</sup>. Tras este paso intermedio el historiador afrontaría el capítulo más delicado: el de la síntesis que aunara la historia de los dos hemisferios del planeta. Fling, con un lenguaje muy próximo al de la actual historiografía globalista, proponía una clara hoja de ruta:

«La parte difícil de la síntesis es la inclusión en un todo más grande del desarrollo del oeste y del este. Durante siglos estos dos grupos sociales se desarrollaron casi independientemente uno del otro. La India fue atraída hacia el grupo occidental en el siglo XVII, y en la segunda mitad del siglo XIX China y Japón han llegado a ser partes de la sociedad mundial. En vez de trazar estos dos desarrollos inconexos por separado, deberíamos seguir la difusión de la civilización occidental hasta el este, entonces, cuando el este y el oeste han llegado a ser partes integrantes de una sociedad mundial, deberíamos retroceder y trazar el desarrollo del primero».

Y lo argumentaba así:

«Esta actitud está justificada por el hecho de que la sociedad mundial fue formada por la expansión de la civilización occidental y no por la del este. El problema más difícil del que hoy tiene que ocuparse el hombre civilizado es el de la relación de la cultura del este con la del oeste, entre una mitad del mundo civilizado y la otra. Una de las mayores ayudas para tratar este problema sería una visión clara de los seis mil años del pasado del hombre en sociedad como historia mundial»<sup>18</sup>.

Fling abogaría por la síntesis hasta el final de sus días. En 1933, un año antes de morir, su contribución al siguiente Congreso Internacional de Ciencias Históricas reunido en Varsovia llevó por título «Síntesis histórica» —*Historical Synthesis*—, y en él se mostró más contundente si cabe respecto del que consideraba el principal

---

<sup>17</sup> «In dealing with the development of civilization in this expanding society, we should describe the successive cultural groups in their chronological order, showing how each group was formed, its cultural characteristics, and its relations to its predecessors and successors, emphasizing its contributions to world civilization». *Ibid.*, 361.

<sup>18</sup> «The difficult part of the synthesis is the inclusion in a larger whole of the development of the West and the East. For centuries these two social groups developed almost independently of each other. India was drawn into the western group in the seventeenth century, and in the latter half of the nineteenth century, China and Japan became parts of the world society. Instead of tracing these two unconnected developments side by side, we should follow the spread of western civilization until it spread over the East, then, when both East and West had become integral parts of a world society, we should go back and trace the development of the former. This attitude is justified by the fact that the world society was formed by the expansion of the civilization of the West and not by the expansion of that of the East. The most difficult problem that civilized man has to deal with today is the problem of the relation of Eastern culture to Western, of one half of the civilized world to the other. One of the greatest aids in the treatment of this problem would be a clear vision of the six thousands year of man's past in society as world history». *Ibid.*, 361.

objetivo del historiador en el siglo XX: fabricar síntesis. «Solo el creador de una síntesis —advirtió— es un historiador»<sup>19</sup>. Es posible que a estas alturas la severa admonición de Fling contuviera demasiados ecos de los celos de los historiadores de su generación ante el éxito de la sociología. Se trató de una obsesión que también preocupó a su colega y compañero de generación, el francés Berr, cuya comunicación en el encuentro de Varsovia se llamó, sin más, «Síntesis» —*Synthèse*—, y en la que volvió a insistir en su ya conocido ideario<sup>20</sup>. Fue asimismo en este ambiente de apología de la síntesis mundialista donde el francés Gaston Zeller (1890-1969) defendió su célebre ponencia «Por una historia de las relaciones internacionales», una áspera crítica a la historia diplomática tradicional que debía dar paso a otra historia basada en la comparación de las finanzas, la economía, la opinión pública o las migraciones entre distintas zonas o países<sup>21</sup>. Este texto, que suele invocarse de forma aislada como una de las actas de nacimiento de la actual historia de las relaciones internacionales, en realidad fue otra derivación de aquel momento único de búsqueda de renovación historiográfica transnacional cimentada en el comparatismo y la síntesis. Pero lo cierto es que por el momento se quedaron en la enunciación de principios sin aportar obras concretas.

El mismo Fling resultó un buen ejemplo de cómo teorizar sobre la historia mundial sin llegar a practicarla. Desde luego, el ambiente nacionalista y totalitario de los años veinte y treinta asfixió cualquier indicio de cosmopolitismo. Lo ocurrido con propuestas como la de Fling no difiere mucho de lo que sucedió en la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual, creada por la Sociedad de Naciones en enero de 1922 en relación al asunto de los manuales escolares. La Comisión estaba integrada, entre otros, por Albert Einstein, Marie Curie y el ingeniero español Leonardo Torres Quevedo, y debía representar áreas culturales en vez de países con el fin de promover una «obra de pacificación universal»<sup>22</sup>. Este noble irenismo obligó a la Comisión a fijarse en los libros de texto y, muy especialmente, en los no muy pacíficos manuales de historia. ¿Sería posible una nueva y más ecuménica historia mundial? Si, como Wilson había propugnado, la diplomacia secreta iba a ser sustituida por otra abierta y preventiva, entonces la historia ocuparía un rol educativo esencial. Pero el «momento wilsoniano» y su internacionalismo, más que pacifismo, demostró ser muy breve. La Comisión fue incapaz de dar con una fórmula historiográfica a gusto de todos y abandonó el proyecto a poco de iniciarlo<sup>23</sup>.

La voz cantante de la Comisión fue el filólogo español Julio Casares (1877-1964), que había sustituido a Torres Quevedo en 1925. Seguramente Casares recogió el sentir general de los demás miembros cuando concluyó que aún no era el

<sup>19</sup> «Only the creator of a synthesis is an historian». FLING, 1933, 168/170.

<sup>20</sup> BERR, «Synthèse», *VII Congrès International...*, op. cit., 2, p. 178.

<sup>21</sup> ZELLER, 1933, 23/28.

<sup>22</sup> RENOLIET, 1999, 25/26. Agradezco esta referencia a Lorenzo Delgado y Antonio Niño.

<sup>23</sup> MANELA, 2007, MAKDISI, (Oxford, 2009), 133/137.

momento de llevar a cabo una empresa basada en el «romanticismo internacional». «Debemos reconocer —afirmó en julio de 1925— que en las circunstancias presentes sería prematuro enseñar cualquier materia, y especialmente la historia, desde un punto de vista internacional, y que es poco útil intentar imponer a los países cualquier libro de texto o incluso recomendar su adopción; debe dejarse libertad total a los estados para que organicen la enseñanza a su manera». En consecuencia, el 29 de julio de 1925 se aprobó la llamada «Proposición Casares», en realidad una serie de normas bastantes vagas —y que debían ensayarse «en un terreno restringido» y con «extremada flexibilidad»— encaminadas a que cualquier estado miembro de la Sociedad pudiera solicitar a otro «suprimir o atenuar en los libros escolares cuantos pasajes puedan sembrar en la juventud de un país gérmenes de incomprensión esencial respecto de otro». Las rectificaciones debían referirse únicamente a «cuestiones de hecho establecidas de manera indubitable y relativas a la geografía o a la civilización del país», pero en ningún caso «a apreciaciones subjetivas de orden moral, político o religioso». Por último, si el gobierno denunciado acordaba no actuar, estaba eximido de dar explicaciones. Se buscaba, en aras del apaciguamiento, conciliar «verdad y patriotismo». Cuando en julio de 1927 la Comisión elevó sus recomendaciones definitivas, puso el dedo en la llaga al afirmar que «convendría dedicar especial atención a los manuales de Historia. Es altamente deseable —insistió— que en todo país se haga desaparecer toda clase de excitaciones al odio contra los extranjeros y que se procure llegar a una mejor comprensión de lo que los pueblos se deben unos a otros». Aunque en noviembre de 1937 la Sociedad de Naciones aprobó otra declaración en apoyo de la historia universal como antídoto de la catástrofe que ya se avecinaba, el pragmatismo inherente a este foro político terminó por desviar su primer entusiasmo universalista hacia una historia nacional revisada que, obviamente, ya no era historia mundial<sup>24</sup>.

Lo ocurrido en la Comisión con los manuales de historia y los debates que tenían lugar en los Congresos de Ciencias Históricas revelan hasta qué punto existía entre los intelectuales una preocupación común por superar un esquema historiográfico considerado erróneo —o *inmoral*, en palabras de Berr y Pirenne. Urgía sustituir este esquema por otro más científico, aunque el ecumenismo impli-

---

<sup>24</sup> La cita de Casares en ALLARDYCE (Honolulu, 1990), 23/76, 31. Sobre cómo influyó el ambiente de cooperación científica ginebrino en el trabajo filológico de Casares, CASTELLANO, (Alcalá de Henares, 2010), 177/205, sobre todo 186/188, donde también se hace referencia a su proyecto de revisión historiográfica. Debo esta referencia a Leoncio López-Ocón. Un esquema sobre cómo se organizaba la cooperación intelectual en la Sociedad de Naciones en ALVAR, 1936, 109/115, donde se recogen los distintos comités e institutos del organismo. El propio Casares dio testimonio de su actuación en GINEBRA en CASARES, 1928 —la «Proposición Casares» y las recomendaciones finales se recogen en 25/27/31, respectivamente. El papel de España en esta comisión, en general, y el de Casares, en particular, es un tema que aguarda una investigación sistemática, dada la breve aportación de RENOLIET, 1999, 304/305. GARCÍA GIRÓN, 2005, no profundiza en la labor de Casares en Ginebra, aunque tiene el mérito de dar a conocer parte de unas *Memorias que Casares* redactó en 1937 y que siguen inéditas. Casares es sobre todo conocido por su célebre *Diccionario ideológico de la lengua española*, Madrid, 1942. Un resumen de su intensa labor política y profesional en LAPESA (Madrid, 1964), 213/222.

cito ahora buscado suponía un elemento tan político como el nacionalismo que se quería combatir. Era lógico que una atmósfera de este tipo propiciara algún tipo de acercamiento entre la Sociedad de Naciones y los responsables de retomar los Congresos de Ciencias Históricas tras la guerra. De hecho, el comité responsable de organizar el congreso de Bruselas de 1923 solicitó un año antes a la recién creada Comisión Internacional de Cooperación Intelectual que patrocinase su próxima reunión. Se buscaba un paraguas de relativa neutralidad en un momento de tensiones y revanchas que en nada favorecía la deseada renovación historiográfica. La gestión culminó en mayo de 1926 con la fundación del Comité Internacional de Ciencias Históricas al amparo de la Sociedad de Naciones en Ginebra<sup>25</sup>. Esta, no obstante, se cobró su ayuda endosando al Comité el asunto de la revisión de los manuales de historia, que ahora tomó la forma de un examen sobre los distintos sistemas de enseñanza de esta materia en los países miembros. Cada gobierno envió su informe al Comité —en realidad, a una «Comisión especial de Enseñanza de la Historia» nacida en 1928 bajo el helenista francés Gustavo Glotz—, que centró su misión en «dar a conocer en cada país, *objetivamente y a base de textos*, cómo se enseña la Historia en las demás naciones (...) Se trata de proporcionar a los autores de Manuales, y a petición de estos, los medios útiles para completar su información; de proceder eventualmente, todos juntos y de común acuerdo, no a la elaboración de un Manual internacional, ni a la revisión de los Manuales existentes, sino a un estudio comparado y *científico* de lo que contienen aquellos libros *presentados por el país respectivo* (...) confrontación que debe conducir, a voluntad de cada sujeto, a la desaparición de ciertas lagunas, ciertos errores o ciertas incomprensiones»<sup>26</sup>. Los historiadores del Comité de Ciencias Históricas correspondieron dejando que en su congreso de Zurich de 1938 la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual expusiera ante el mundo un balance —más bien entusiasta— de sus logros historiográficos<sup>27</sup>.

Ni la Sociedad de Naciones ni el Comité de Ciencias Históricas llegaron muy lejos en su afán por distanciarse de aquellos movimientos pacifistas que exigían expurgar los manuales considerados peligrosos. La política fue la responsable de que los impulsos surgidos en Ginebra se apagaran casi antes de nacer. No obstante, el ambiente de los Congresos de Ciencias Históricas era diferente; quizás más ingenuo, pero algo más libre. Esta diferencia, sin embargo, tampoco evitó que sus avances más notables se quedaran por el camino, lo que también es comprensible. La historia mundial que Fling defendió en este foro, pese a resultar todavía eurocéntrica, suponía para los años de entreguerras desafiar las llamadas «historias del mundo» o «universales» publicadas o concebidas entre 1880 y 1914, de cariz fuertemente étnico y nacionalista. En el mejor de los casos, aque-

<sup>25</sup> ERDMANN, 2005, 80/84 y 107.

<sup>26</sup> ALTAMIRA, 1934, 7/8. El informe sobre España, que redactó Altamira, se recoge en las páginas 37/57.

<sup>27</sup> ROTHBARTH, 1938, 532/534. El Instituto Internacional de Cooperación Intelectual fue una creación de la Comisión Internacional; tenía su sede en París y fue el embrión de la actual UNESCO.

llas enormes enciclopedias superponían historias paralelas en vez de relacionarlas y, menos aún, *conectarlas*. Trataban de historia mundial o universal en un sentido de coleccionismo anticuado y, como mucho, satisfacían a unos europeos ansiosos por entender los cambios traídos por el imperialismo de la Segunda Revolución Industrial. Fling, sin embargo, abogó por una historia mundial muy cercana a lo que luego llamaríamos historia global. Antiguo estudiante en Leipzig, sin duda conocía toda esta familia de historias mundiales ahora —para él— desacreditadas. Ni la *Weltgeschichte* de Leopold von Ranke (9 vols., 1883-1888), ni la prestigiosa (y modelo de todas las demás) *Allgemeine Geschichte in Einzeldarstellungen* (25 vols., 1879-1893), ni su rival francesa *Histoire générale du IVe siècle a nous tours* (12 vols., 1893-1901) ni su correspondiente británica *The Cambridge Modern History* (14 vols., 1902-1911), suponían ahora más que un alegato a favor de la lucha entre las naciones (europeas) que había conducido a la carnicería de 1914. Pero igualmente no cabe dudar de que Fling estuvo al tanto de la controvertida obra de Lamprecht y de la división que este causó también entre los académicos de otros países, incluido Berr, que lo apoyó desde Francia.

Es comprensible que esta ola de renovación historiográfica desatara inquietud, entre otras cosas porque la *Weltgeschichte* se había hecho muy popular en la Alemania guillermina<sup>28</sup>. La historia mundial, a poco que se despegara del marco estatal, desarrollaba un potencial ético del *no sentimiento* dentro de una sola nación o, cuando menos, no de forma tan exclusiva como hasta entonces. Lo quisiera o no, esta historia promovía una ética de pertenencia a una «sociedad mundial» que, a su modo, debía incluir oriente y poniente. La relativa marginalidad de este género en relación al mundo académico permitía experimentar nuevas aproximaciones al pasado, como evidenció el menor eurocentrismo de algunos textos. En el plan de estudios diseñado por Lamprecht para su primer seminario en el nuevo Instituto, las clases sobre los Estados Unidos —de donde acababa de regresar— irían seguidas de las dedicadas a Japón y a China. No parece posible desconectar las reflexiones de Fling de todos estos precedentes, aunque en sus manos el comparatismo adquirió un toque más eurocéntrico. Sería ir demasiado lejos pedir menos arrogancia a un estadounidense que vio en persona cómo su país se transformaba en el centro del mundo. Pero la preocupación de los norteamericanos porque la colaboración científica no muriera en Europa fue, por lo general, sincera e interesada a la vez<sup>29</sup>. Ciertamente que en el relato propugnado por Fling los occidentales (y sus representantes últimos, los estadounidenses) aparecían como los protagonistas activos de la mundialización, los responsables del ascenso de esa «sociedad civilizada» de la que eran casi exclusivos portadores y difusores, pero lo que contaba era el resultado de una visión planetaria en la que el este, tanto como el oeste, habían llegado a ser «partes integrales de una sociedad,

---

<sup>28</sup> BERGENTHUM, 2010, 54/70, 57/58.

<sup>29</sup> ERDMANN, 2005, 106/107, con testimonios relevantes de los años 1924 y 1928. Entre 1926 y 1940 la Fundación Rockefeller aportó cerca de 100.000 dólares al Comité Internacional de Ciencias Históricas. La *American Historical Association* también donó fondos considerables.

mundial». El uso, por ejemplo, de esta expresión y de otras como «expansión», «conexión» e «interdependencia» invitaban a dejar de pensar exclusivamente en los viejos términos de «nación», «conquista», «explotación» y «dominio», respectivamente. Este nuevo vocabulario introdujo a la historiografía en un terreno menos explorado y de gran potencial. Fling también dio en el blanco al advertir que el mayor problema para los historiadores mundialistas era y sería el modo de relacionar el este con el oeste, bien occidentalizando a oriente o, como la historiografía señala hoy, *asiatizando* occidente. Aunque no aventuró ningún término preciso para definir este problema, había descubierto lo que el «giro espacial» y los estudios transnacionales denominan hoy la «reterritorialización» del globo<sup>30</sup>.

No es fácil saber las causas que han llevado a oscurecer la aportación de Fling al discurso globalista. Sin duda no fue un pionero en este campo, pero tampoco sería justo olvidarlo a la hora de establecer la genealogía intelectual de la corriente que defendió. En verdad, su testimonio fue uno más en la cadena del revisionismo historiográfico mundialista vivido entre 1890 y 1939 y que hoy casi hemos olvidado. La mayoría de los autores que tratan de los orígenes de la historia mundial marginan sus propuestas e incluso, lo que es más grave, minusvaloran la presencia que el problema de la historia mundial adquirió en los Congresos de Ciencias Históricas durante cuatro décadas, en general, y en Alemania, en particular, donde incluso hasta 1930 hubo propuestas para renovar este campo<sup>31</sup>. Si bien los recorridos sobre esta disciplina suelen remontarse a los textos medievales de Ibn Khaldun, a los viajeros del Renacimiento, a los pensadores de la Ilustración, a Karl Marx y a las enciclopedias universales del siglo XIX, lo habitual es que después salten hasta la gran floración de la historia mundial de mediados del XX a manos del británico Arnold Toynbee (1889-1975), el francés Fernand Braudel (1902-1985) y el canadiense —afincado en Estados Unidos— William McNeill (1917)<sup>32</sup>. Incluso la controvertida *Histoire de l'Humanité* publicada por la UNESCO en los años sesenta no solo pasó por alto los precedentes alemanes, sino también el proyecto *non nato* de la Sociedad de Naciones, organismo de quien heredó la idea<sup>33</sup>. Esto supone crear un vacío historiográfico donde en realidad no lo hubo, pues en el período previo a 1939 se reflexionó sobre el sentido, el contenido y el

<sup>30</sup> MIDDLELL y NAUMANN, (Honolulu, 2010), 149/170, 160/161.

<sup>31</sup> MIDDLELL, 2007, 95/117, 108 —SCHÖNEBAUM, (Erlangen, 1922), 1/20.

<sup>32</sup> GOTTSCHALK, 1965, 5/19; MAZLISH y BUULTJENS, 1993; REILLY y SHAFFER, 1995, 42/45; POMPER, ELPHICK y VANN, 1998; STUCHTEY y FUCHS, 2003; O'BRIEN (Honolulu, 2006), 3/39; y SACHSENMAIER, 2011, 110/171, que dedica un capítulo al ámbito alemán pero sobre todo desde 1945. En español, ALONSO NÚÑEZ, 1994 (pese al título, más bien se trata de un catálogo de autores aunque fiel al peso de la aportación germana); CASTAÑO RODRÍGUEZ, 2005; más reciente, y también de alcance más limitado, FUSI AIZPURÚA, 2009, 149/155, y HOLSTEIN, 2010, 131/143.

<sup>33</sup> *Histoire de l'Humanité, Paris*, UNESCO, 6 vols., 1963-1968; prefacio e introducción de René Maheu y Paulo E. de Berrêdo Carneiro, respectivamente. La obra, víctima de la Guerra Fría, fue justamente criticada por su eurocentrismo y una visión amable del cristianismo, en especial del catolicismo. Los trabajos preparatorios de la obra fueron objeto de debate en la revista *Cahiers d'histoire mondiale* fundada también por la UNESCO en 1954, pero no alcanzaron el objetivo de equilibrar el discurso. MAUREL, 2010, 242/253.

método de la historia mundial de un modo cada vez más específico, sistemático y profesional. Este interés fue tan intenso que incluso podría haber llegado más lejos de no haber sido porque el conservadurismo de los organizadores de los Congresos de Ciencias Históricas frenó la petición de numerosos participantes de que se potenciara la sección dedicada a metodología. «Los teóricos —aquellos que se ocupan de la periodización, del vocabulario histórico y de la relación de la historia con el tiempo y el espacio— sueñan con asegurarse un estatus particularmente privilegiado para su sección (...), pues piensan que su trabajo ocupa el primer lugar en la jerarquía de las ciencias históricas»<sup>34</sup>. Este comentario burlón del medievalista belga François Ganshof en 1928 prueba la división que afectaba a la comunidad de historiadores. Si bien el error de generar este déficit metodológico solo se corrigió en los congresos posteriores a 1945, es muy significativo que los «teóricos» de los congresos previos ya hubieran alcanzado la autoestima suficiente como para aspirar a erigirse en la élite del laboratorio historiográfico.

Aunque la preocupación por redefinir la historia mundial se formuló básicamente a través del problema de la síntesis, no hay duda de que la cuestión de fondo era rescatar esta clase de historia como «ciencia» mediante su transformación en una historia general del planeta muy diferente a la representada por las enciclopedias. No es del todo cierto que hubiera que esperar a después de 1945 para encontrar entre los historiadores los primeros «sentimientos de insatisfacción» relevantes por las fórmulas heredadas de antes de la Segunda Guerra Mundial, o que las expresiones de inquietud se redujeran a los célebres historiadores franceses que alumbrarían la escuela de *Annales*, sobre todo después de la conflagración<sup>35</sup>. Si bien es posible que los congresos de Roma, Bruselas, Oslo y Varsovia representaran solo a una pequeña parte del gremio, sin embargo sus actas revelan un palpito que fue más allá de la simple intuición al prever el camino que la historiografía recorrería en el futuro basado en la comparación, la síntesis y el salto de escala. En tiempos en que las reuniones internacionales resultaban mucho menos frecuentes de lo que serían después, aquellos encuentros quizás produjeron un eco que luego no hemos sabido escuchar. Su conexión orgánica, aunque superficial, con la Sociedad de Naciones a partir de 1922, también dice mucho acerca de la determinación política con que los historiadores afrontaron el reto de salvar su profesión del radicalismo de entreguerras y sobre lo cerca que estuvieron de crear una historiografía cuasi mundialista en una posición de privilegio intelectual, reconocimiento institucional y visibilidad social sin precedentes. La simple idea de producir un «Manual internacional» de historia consensuado supuso algo incomún. El tiempo demostró que los vasos comunicantes entre la Sociedad de Naciones y los Congresos de Ciencias Históricas contenían un mismo fluido globalista, aunque no circulase a idéntica velocidad en ambas direcciones.

---

<sup>34</sup> ERDMANN, 2005, 131 y 193.

<sup>35</sup> BARRACLOUGH, 1980, 14 y ss.

Esto lleva al tercer motivo que ha propiciado la historia global: la permanente conexión en la que vive el ser humano —o globalización. En sus hábitos sociales, culturales y económicos los habitantes de la Tierra ya no están solos o divididos y cada vez resultará más difícil que lo estén. Lo que llama la atención es que este proceso ya había sido detectado por los historiadores cien años atrás aunque solo en las últimas tres décadas haya tenido un correlato académico y bibliográfico proporcional. Todo apunta a que fue el ambiente político de la segunda posguerra mundial lo que desvió de su trayectoria la importante reflexión que los historiadores habían efectuado sobre la *world history* para dirigir la atención hacia otro género de escala: la de la historia atlántica. El origen sobre todo alemán del pensamiento comparatista y mundialista anterior a 1939 probablemente llevó a los aliados a escatimar la consideración que merecían unos maestros, a su vez, casi desaparecidos, o a no saber discriminar lo mucho de valioso que había habido en la ingente aportación germana de medio siglo atrás. En realidad, esta tarea había comenzado después de 1918, cuando los vencedores de la Gran Guerra sometieron a Alemania a un ostracismo científico que al principio rozó en la exclusión. Fue entonces cuando Francia y Bélgica parecieron tomar la delantera a Alemania gracias a la «transferencia cultural» que, procedente de este país, originó un «(re) nacimiento» del comparatismo francófono. Esta es la explicación más elegante que la actual historiografía germana ha encontrado para entender la reubicación del liderazgo comparatista en la década de 1920<sup>36</sup>. La apertura en París del *Centre International de Synthèse* por Henri Berr en 1925, la célebre ponencia de Marc Bloch sobre historia comparada en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Oslo en 1928 y, hasta cierto punto, la fundación de la revista *Annales* en 1929, conviene entenderlas en este sentido<sup>37</sup>.

Aun así, la reticencia aliada a reconocer la deuda contraída con la historiografía alemana no fue la única causa del oscurecimiento sobre el origen de la moderna historia mundial. La validación —si cabe, intensificada desde 1945— del marco estatal entre los historiadores de la nueva República Federal de Alemania debió de llevar también a silenciar el cosmopolitismo académico previo; lo urgente era crear «un nuevo consenso nacional», una «auto-confianza nacional nueva»<sup>38</sup>. En el lado oriental no fue menor la desviación metodológica y temática que experimentó la comunidad científica, de lo que fue un buen ejemplo la transformación del Instituto de Historia Cultural y Universal de Leipzig —que había sobrevivido al nazismo bajo el sociólogo Hans Freyer (1887-1969)— en el Centro para la Historia Comparada de las Revoluciones Burguesas<sup>39</sup>. Así, la reanudación de los Congresos de Ciencias Históricas en la década de 1950 pareció enterrar su propio pasado mun-

<sup>36</sup> MIDDLELL (Leipzig, 2000), 7/41, y SCHÖTTLER, 2005, 507/517.

<sup>37</sup> Sobre Berr, BIARD, BOUREL y BRIAN, 1997; Bloch publicó su ponencia en la revista que el mismo Berr había creado bajo el título «Pour une histoire comparée des sociétés européennes», BLOCH (París, 1928), pp. 15-50.

<sup>38</sup> BERGER, 2003, 37/43.

<sup>39</sup> ZEUSKE (Leipzig, 1991), 54/77.

dialista para discutir con pasión sobre el atlantismo. Esta idea, a fin de cuentas, permitía configurar una escala geográfica que superaba al estado-nación pero dentro de unos límites aún abarcables y políticamente oportuna: la historia atlántica era la historia de los aliados occidentales vencedores en 1945, ya que los aliados del este, encabezados por la Unión Soviética, seguían disponiendo de su propia historia mundial explicada desde el marxismo<sup>40</sup>. La historia atlántica obedeció a las urgencias ideológicas de la Guerra Fría, pero también ayudó a que los historiadores se familiarizaran con una escala superior a la habitual antes de que el estallido de la historiografía globalista —y luego de la «gran historia»- obligara a un esfuerzo todavía mayor<sup>41</sup>. En este sentido, la propuesta de Fling de los años veinte y treinta debió sonar algo prematura al abarcar *demasiado*. Por eso no es fortuito que el origen conceptual de la historia atlántica haya sido localizado también en los mismos años en que Fling peroraba sobre la historia mundial. Cuando en 1917 el periodista Walter Lippmann abogó por la intervención de los Estados Unidos en la guerra europea, no lo hizo desde el «universalismo wilsoniano», sino sustituyendo la visión presidencial de un «solo mundo» por el de varias civilizaciones, entre ellas una pretendidamente atlántica que urgía defender<sup>42</sup>. Lo curioso, si bien comprensible, fue que tras 1945 esta visión atlántica, que apenas había madurado como idea en los años de entreguerras, tomase la delantera a la historia mundial que sí había protagonizado los debates historiográficos desde mucho antes. Quizás se trató de un efecto compensador si se piensa que desde los años cincuenta la historia atlántica sirvió de señuelo a quienes ansiaban practicar una historia de índole supranacional con relativa comodidad. La historia atlántica no era historia mundial, aunque se le aproximaba, y además concedía un respiro a los agotadores debates que sobre comparar, sintetizar y mundializar habían ocupado a los historiadores durante medio siglo sin producir ninguna obra de referencia. La paradoja fue el doble papel que jugó la historia atlántica: primero frenó la historia mundial para, después, impulsarla.

Pero, ¿qué clase de historia mundial frenó y, sobre todo, cuál impulsó? Porque al igual que la historia atlántica no dejó de discutirse, ramificarse y cuestionarse, también la historia mundial se ha convertido en un árbol que amenaza con tener más ramas que tronco<sup>43</sup>. La propuesta salomónica de Nicholas Canny de otorgar a la historia atlántica los siglos XVI, XVII y XVIII y a la historia global los siglos XIX, XX y XXI tratar de resolver el problema en términos de escala más que de naturaleza. Pretender que la historia atlántica ofrece mejores posibilidades que

---

<sup>40</sup> ZHUKOV, 1960, 74-88, en especial la conclusión llena de matices, 84/86.

<sup>41</sup> CHRISTIAN, (Honolulu, 1991), 223/238.

<sup>42</sup> BAILYN, 2005, pp. 7-9.

<sup>43</sup> ARMITAGE, (Madrid, 2004), 7/28. Sobre el debate atlantista véase la crítica a Bailyn efectuada por COCLANIS, (Honolulu, 2002), 169/182, donde acuña el adjetivo «bailinesco» para referirse a la concepción historiográfica de este autor, al que reprocha la práctica de una historia fragmentada, anacrónica y occidentalista. En sentido opuesto, véase la defensa del atlantismo a cargo de ELLIOTT, 2001 —quien niega validez al modelo «mediterráneo» de Fernad Braudel pero defiende un espacio «atlántico» europeo—; y la visión de conjunto de GAMES (Bloomington, 2006), 741/757.

la historia global para entender la Edad Moderna es un noble intento de evitar que la primera historiografía quede subsumida en la segunda, pero no ayuda a resolver lo que de global hubo entre 1500 y 1800 (o lo que de atlántico hay en nuestros días). También supone negar que en la Edad Moderna hubo globalización, todo lo más una arqueoglobalización o una protoglobalización<sup>44</sup>. La clave, pues, está en lo que entendamos por globalización, en la medida en que hoy la causa más poderosa que alienta la historia mundial es el proceso de globalización y no tanto, como en el pasado, la necesidad de comparar y sintetizar. Estos dos factores pesan entre los historiadores mundialistas, pero más como instrumentos de trabajo que como objetos de reflexión. Semejante cambio no debería hacer creer que los viejos problemas del comparatismo y el no menos correoso de la síntesis han sido resueltos por los globalistas<sup>45</sup>. De lo contrario, reaparecería la inquietante cuestión de los límites de la historia global, anunciados y denunciados desde que en la década de 1960 empezara su exitosa carrera por colonizar la universidad. La tríada clásica formada por *The Rise of the West* de William McNeill<sup>46</sup>, *A global history of man* de Louis Stavrinos<sup>47</sup> y *Cross-cultural trade in world history* de Philip Curtin<sup>48</sup> fundó en apenas veinte años una corriente poderosa y desafiante que, pese a su expansión, ha tenido y tiene que estar a la defensiva<sup>49</sup>. El reproche de los colegas de ayer, igual que los de hoy, de que la construcción panorámica de los historiadores mundialistas no es verdadera historia sino una suerte de vaguedades de escaso *pedigrí*, genera una exasperación que debe ser transformada en argumentos<sup>50</sup>. Es muy probable que a causa de verse envueltos en esta cruzada la siguiente oleada de historiadores mundialistas de las décadas de 1970 y 1980 acentuaron su radicalismo, tanto desde postulados izquierdistas como desde otros más empíricos o menos comprometidos ideológicamente. Si entre los primeros figuran los combativos Andre Gunder Frank<sup>51</sup> e Immanuel Wallerstein<sup>52</sup>, los segundos han contado con Marshall Hodgson<sup>53</sup> o Janet Abu-Lughod<sup>54</sup>. Esta tendencia a la reivindicación resultó casi inevitable, ya que hacer historia mundial significaba rebatir la hasta entonces indiscutida supremacía que occidente había disfrutado en esta clase de historiografía. De ahí que ahora conviniera dar más importancia al origen del subdesarrollo del llamado Tercer Mundo que a desplegar todo el variado potencial contenido en la nueva historiografía mundialista.

<sup>44</sup> CANNY, 2009, 317/336, 321, 329 y 331, sobre todo.

<sup>45</sup> MONKKONEN, (Bloomington, 1986), 1146-1157.

<sup>46</sup> McNEILL, 1963. El autor afirma que aunque empezó el libro en 1954, sin embargo la idea de escribirlo data de 1936, fecha significativa respecto de todo lo expuesto en este artículo.

<sup>47</sup> STAVRIANOS, 1962.

<sup>48</sup> CURTIN, 1984.

<sup>49</sup> McNEILL, 1986, 71-95. El artículo original data de 1981.

<sup>50</sup> McDUGAL (Chicago, 1986), pp. 19-42.

<sup>51</sup> FRANK, 1978.

<sup>52</sup> WALLERSTEIN, 1974.

<sup>53</sup> HODGSON, 1977.

<sup>54</sup> ABU-LUGHOD, 1989.

Si sopesamos los principales rasgos de esta nueva historia mundial *global* es fácil entender por qué despertó indiferencia, recelos u hostilidad. Caracterizada por una aproximación «macro-sistemática» de cronología extensa aplicada a grandes regiones o a todo el planeta, por su rechazo al occidentalismo y por la búsqueda del cambio multifocal, esta historia mundial alteraba la relativa paz en la que hasta entonces habían vivido los historiadores dedicados a investigar una sola nación o cultura, a cubrir periodos más convencionales y a argumentar de un modo más lineal o unívoco<sup>55</sup>. De todas estas alteraciones la más polémica y combatida sería —y es— la relacionada con el desplazamiento del centro de atención del propio país a toda la Tierra, en la medida en que esta mutación de escala ha supuesto priorizar una identidad ecuménica y universalista en detrimento de la tan arraigada identidad nacional. Obviamente, el debate se ha intensificado al entrecruzar en este cambio de perspectiva no solo el intento de borrar el sentimiento de patriotismo en la población, sino de relativizar el valor de la cultura occidental al poner a esta en un plano de igualdad con otras del planeta e incluso de aspirar a sustituir el eurocentrismo por un afrocentrismo, un americocentrismo o un asiocentrismo<sup>56</sup>. En esta pugna por nivelar las aportaciones de las distintas culturas a la historia del mundo y limar, en definitiva, el carácter *subalterno* al que muchas parecían estar condenadas, los historiadores indios han desarrollado una escuela propia no menos polémica, pues un sector de la izquierda ha visto en esta historiografía subalterna una legitimación indirecta del capitalismo occidental —el mismo que, a la vez que ha unificado el mundo, lo ha fragmentado y dividido en clases y países cada vez más diferentes<sup>57</sup>.

Aunque es discutible si realmente existe un único «occidente» o una sola cultura occidental (o africana, o americana, o asiática), sí es cierto que la vocación cosmopolita de la nueva historia mundial no contribuye, precisamente, al fomento del nacionalismo ni de las identidades afines. Uno de los patriarcas mundialistas defiende que la historia mundial debe promover «un sentido de identificación individual con el triunfo y las tribulaciones de la humanidad como un todo»<sup>58</sup>. La reacción de los sectores más conservadores de los Estados Unidos contra la presencia de la historia mundial en los planes de estudio —en especial desde los años de la presidencia republicana de Ronald Reagan entre 1981 y 1989—, favoreció una escalada de acusaciones que terminó por tachar a esta corriente de «amoral» e incluso de «inmoral», hasta el punto de pedir que la *world history* fuera sustituida por una curiosa «historia mundial patriótica» («patriotic world history») que exaltara los valores «americanos» aunque dentro de un discurso universal<sup>59</sup>. Un caso

---

<sup>55</sup> ABU-LUGHOD (Honolulu, 2000), 113.

<sup>56</sup> GEYER y BRIGHT (Nueva York, 1987), 69/91.

<sup>57</sup> CHAUDHURI, 1990 y, referido al círculo de los llamados «estudios subalternos» de sesgo marxista, CHAKRABARTY, 1990. Más reciente, MIGNOLO, 2000.

<sup>58</sup> McNEILL (Bloomington, 1986), 1/10, 7.

<sup>59</sup> HENDRYCJ, (Honolulu, 2005), 33/49, 34 y 37/39; y BENTLEY, (Honolulu, 2005), 53, 55/56 y 62, que replica con el argumento de que lo «inmoral e irresponsable» es enseñar una historia mundial que

extremo de esta instrumentalización conservadora sucede en China, donde la falta de libertades ha facilitado a la clase académica del país presumir de haberse unido a la historiografía globalista para, en realidad, construir un discurso reivindicador de Pekín como nueva gran potencia<sup>60</sup>. Así, pues, el imparable atractivo de la historia mundial y su crecimiento académico ha obligado a que incluso sus adversarios se valgan de ella, aunque sea a costa de desnaturalizarla. En este contexto, la creación de la *World History Association* en 1982 supuso abrir un paraguas protector bajo el cual se agrupan varias tendencias mundialistas que tienen su medio de expresión en la *Journal of World History*, fundada en 1990 y con sede en la Universidad de Hawai. Habla por sí solo que un centro académico ubicado en el Pacífico sea el núcleo editorial de los historiadores mundialistas.

Si los adversarios o indiferentes a la nueva historia mundial continúan firmes en su postura, en parte es por la división que afecta a quienes la practican. Hoy el historiador globalista (o, en términos del siglo XIX, el historiador que elabora síntesis) no compite con los sociólogos, con quienes ha firmado la paz e incluso suscribe tratados de amistad y cooperación, ni tampoco con los economistas, sino con otros historiadores. En esto el panorama no ha variado mucho desde los primeros Congresos de Ciencias Históricas. Quizás a causa de haberse extendido un concepto de globalización demasiado ceñido al ámbito de los flujos multinacionales del capitalismo comercial y financiero, la historiografía mundialista se ha fracturado entre quienes defienden que la actual globalización es una fase más de un proceso iniciado hace siglos y los que piensan que se trata de un fenómeno nuevo surgido a fines del siglo XIX, interrumpido por las dos guerras mundiales y la Depresión de 1929 (período de «desglobalización») y reanudado después. Esta distinta forma de encarar la globalización ha producido dos corrientes: la de la historia mundial reformulada a partir de 1945 y que defiende incluir el estudio de la reciente globalización, y la de la historia global propiamente dicha —o que aspira a ser reconocida con este nombre—, que analiza la globalización entendida como un proceso únicamente contemporáneo. Para Bruce Mazlish, apóstol de una historia global exclusivista, la «historia global es el estudio de la globalización» —*Global History is the study of globalization*—, por lo que reclama a los *world historians* menos imperialismo historiográfico y una nítida separación de campos, empezando por los nombres: ante el empeño de los seguidores de la historia mundial en usar «historia global» como sinónimo de la anterior, los globalistas de Mazlish han contraatacado con la etiqueta de «nueva historia global» —*New Global History*. Para esta escuela, la complejidad de la globalización *de hoy* incapacita a la historia mundial *de ayer* para explicar algo que no constituye una fase más de la expansión europea, sino el nacimiento de un nuevo orden planetario. *Mundo*, para Mazlish, no significa *globo*, ni *mundial* equivale a *global*. Si la cuestión consiste en fechar simbólicamente el principio de la pre-

---

alaba la democracia estadounidense y el libre comercio pero silencia los perjuicios reales o potenciales que este orden mundial genera.

<sup>60</sup> SPAKOWSKI (Cambridge, 2009), 475/495.

sente globalización, entonces no hay duda de que este se halla en la década de 1960, entre la oleada descolonizadora y la llegada del hombre a la luna en 1969, cuando la humanidad pudo contemplar por primera vez en su historia cómo es *realmente* la imagen de la Tierra en el espacio. La «planetización» del mundo y la visualización de la «nave Tierra» (*Spaceship Earth*) serían el acta de nacimiento de la «perspectiva globológica»<sup>61</sup>.

Por muy emocionante que suene todo esto, lo cierto es que incluso los historiadores globalistas más exigentes —empezando por el propio Mazlish— se muestran dispuestos a reconocer que la presente globalización tiene raíces más lejanas que la Segunda Revolución Industrial. La flexibilidad con que de hecho los historiadores mundialistas abordan su trabajo invita a no monopolizar las etiquetas historiográficas<sup>62</sup>. El desconcierto surge a la hora de periodizar el fenómeno y el lastre que conlleva, además, transferir la cronología de la historia europea a la de todo el mundo<sup>63</sup>. En un momento temprano del debate como era 1993, se entiende que Manfred Kossok hablara de las «varias posibilidades» que se ofrecían de relacionar la globalización con la historia mundial: o bien la primera era una continuación de la segunda, o bien una nueva fase cualitativa de la historia mundial, o bien, por último, la «sucesora» de la tradicional historia mundial. En todo caso, la inevitable ligazón entre los conceptos en juego haría que la prolongación del debate «tuviera poco sentido»<sup>64</sup>. Sin embargo, en 1994 ya hubo quienes vieron en el cambio de «territorialización» sufrido por el planeta entre 1840 y 1880 el inicio de la auténtica globalización<sup>65</sup>. Pocos años más tarde la historiografía francesa daba su réplica a través del *Groupement Economie Mondiale, Tiers Monde, Développement* (GEMDEV), liderado por el economista Michel Beaud y el geógrafo Olivier Dolfus, que defendían el término «mundialización» en vez de globalización y distinguían, antes de esta fase, una arqueo-globalización y una proto-globalización<sup>66</sup>. Esta clasificación les valió la razonable crítica de haber incurrido en una teleología evidente, lo que no ha bastado para que otro grupo encabezado por el historiador británico Antony Hopkins presentara en 2002 una alternativa no muy alejada de la anterior. Hopkins acepta una globalización arcaica (una era preindustrial difusa antes de 1600) y también una protoglobalización (de 1600 a 1800), pero distingue luego entre la globalización moderna (entre 1800 y 1950) y la poscolonial o contemporánea (de 1950 en adelante)<sup>67</sup>. Tanta teleología dio una nueva oportunidad a los globalistas puros como Christopher Bayly, para quien la globalización es un fenómeno contemporáneo incubado durante las crisis de 1720-1780, 1780-1820 y 1840-1880<sup>68</sup>. La enésima réplica a este reduccionismo ha venido por parte de

---

<sup>61</sup> MAZLISH (Cambridge, 1998), 385/395. MAZLISH (Pamplona, 2001), 5/17, en particular, 10.

<sup>62</sup> MIDDELL, 2005, 60/82.

<sup>63</sup> GREEN (Honolulu, 1992), 13/53, sobre todo 40/ss.

<sup>64</sup> KOSSOK, 1993, 93/111, 104.

<sup>65</sup> BRIGHT y GEYER (Leipzig, 1994), 13/45.

<sup>66</sup> BEAUD, DOLFUS et alii, 1999.

<sup>67</sup> HOPKINS, 2002.

<sup>68</sup> BAYLY, 2004.

Peter Stearns, que si bien concede que antes del año 1000 la globalización era confusa, después de esta fecha ya sería una realidad desarrollada en tres fases: 1000-1500, 1500-1850 (cuando empieza la verdadera globalización) y 1850-2000 (cuando se acelera)<sup>69</sup>. La única conclusión firme de todas estas propuestas es que pocos piensan que un fenómeno tan complejo como la globalización haya surgido en un hoy sin ayer. Quizás sea cierto que hemos creado un nombre nuevo para un fenómeno antiguo cuya existencia depende de priorizar el hecho en sí o su intensidad<sup>70</sup> Hasta que nazca una propuesta de consenso, tal vez sea el término «convergencia» (mundial) el que sirva de punto de encuentro para los historiadores interesados en dotar de profundidad temporal a lo que ocurre en nuestros días. Convergencia —y su opuesto divergencia, entendida como *resistencia* a la globalización—, tiene la virtud de atraer nuestra mirada sobre los momentos en que los seres humanos se relacionaron entre sí o, por el contrario, abortaron sus encuentros en la medida en que la globalización contemporánea, por muy específicos y marcados que sean algunos de sus rasgos, no puede escapar a un pasado que muestra cómo, desde sus orígenes, la humanidad ha ido subiendo peldaños en la escalera de la conexión, de la interdependencia y del mestizaje hasta su aceleración a partir de la Edad Moderna<sup>71</sup>.

Resulta chocante que mientras los historiadores —ya sean mundialistas o globalistas— debaten sobre a quién corresponde tratar de la globalización y se afanan en trocearla para poder deglutirla, en cambio los economistas con mentalidad histórica no muestran ningún prejuicio a la hora de adentrarse en el pasado para rastrear los inicios de nuestro mundo global. La globalización, incluso cuando trata de problemas como la ecología, las migraciones o las enfermedades, no puede *deshistorizarse*; otra cosa muy distinta es que precise de la colaboración de otros expertos que no sean historiadores. La advertencia que Antony Hopkins llevó a cabo en 2002 sobre la necesidad de que los historiadores participaran en esta búsqueda junto a los economistas, los sociólogos y los politólogos no perseguía evitar que otros científicos sacaran la delantera en el campo de la globalización, sino sumar a estos saberes el conocimiento temporal, evolutivo y contextualizado que corresponde a los historiadores. Esto implica que nuestra tarea ha de consistir en discriminar lo que realmente haya de novedoso en cada etapa del proceso globalizador, en frenar cualquier teleología globalista y en sugerir problemas originales<sup>72</sup>.

Afortunadamente los historiadores empiezan a cobrar conciencia de que hay que suministrar material a la empresa de la globalización, impulso que ya es imparable y dentro del cual la Edad Moderna se ha erigido como un capítulo estelar<sup>73</sup>. Y de la misma manera que tienen razón los que reprochan a la historia global

<sup>69</sup> STEARNS, 2010, *passim*.

<sup>70</sup> CHRISTIAN (Cambridge, 2010), 522/523.

<sup>71</sup> NORTHROP (Honolulu, 2005), 249/267, en particular 253/255.

<sup>72</sup> HOPKINS, 2002, 1/11.

<sup>73</sup> Véanse, por ejemplo, las diferentes propuestas de RINGROSE, 2001, que tiene la virtud de romper el eurocentrismo al partir su relato del imperio mongol para articular una «búsqueda

el pecado de usar una denominación imposible por arrogante y presuntuosa, también la tienen quienes responden que las demás formas de historia —reducionistas o inconexas— no sirven para explicar los cambios que ha traído la globalización<sup>74</sup>. La denuncia de que, sobre todo en sus inicios, la historia global se alimentó de historiadores «emigrantes» procedentes de otras especialidades como la historia de la expansión, la historia de las diásporas, la historia medieval, la moderna o la contemporánea, igualmente podría aplicarse al comienzo de cualquiera de las numerosas *nuevas historias* nacidas por doquier en el último medio siglo<sup>75</sup>. Ante la observación de que los historiadores mundialistas conciben ingenuamente a la humanidad como si fuera un todo o, por el contrario, como si la formaran civilizaciones de valores *esencialistas*, la historia global ha reaccionado buscando el papel individual de los bloques geográficos y culturales sin dejar de estudiarlos mediante su conexión —esto es, como agentes de la globalización<sup>76</sup>. Esto, naturalmente, no supone un regreso a la conocida como «historia imperial» ni tampoco una variante del *revival* que ha experimentado el tema del imperio, pues la historia global se ha liberado en su mayor parte de la carga *occidentalista* que tuvo en el pasado a raíz de la emergencia de otras áreas del mundo<sup>77</sup>. Este último fenómeno ha sido también proverbial a la hora de neutralizar la querencia a la teleología de las periodizaciones propuestas por algunos historiadores globalistas. No menos relevantes son las llamadas a la moderación del cosmopolitismo del que hacen gala los mundialistas, pues debería ser una lección aprendida que precisamente tras las dos últimas oleadas de universalismo cultural —la Ilustración y el período de entreguerras—, el nacionalismo reaccionó con una violencia inaudita dejando en evidencia a unas élites desinformadas de la realidad.

La historiografía globalista posee un espacio propio tan necesario como el que ocupa la no globalista. Quizás la expresión «historia mundial» (o general, o global,

---

transglobal»; GANN, 2003; ROBERTSON, 2003 (hay traducción española: 2005); y OSTERHAMMEL y PETERSSON, 2003 (hay traducción inglesa: 2005). Todos ellos incluyen la Edad Moderna como fase de la globalización.

<sup>74</sup> SHÄFER, 1993.

<sup>75</sup> En Estados Unidos, que figura a la cabeza en historiografía mundialista, esta especialidad ha empezado a disponer de profesionales formados *ex professo* solo desde la década de 1990. VADNEY (Honolulu, 1990), 222, y REILLY y SHAFFER, 1995, 44.

<sup>76</sup> BURKE (Nueva York, 1987), 117/123, pionero en el debate sobre la confrontación entre area y mundo, y, también para el ámbito islámico, el número monográfico «Islamic history as global history» en *Journal of Global History*, 2-2 (2007), coordinado por CLARENCE-SMITH; DIRLIK, (1992), 55/79, que traslada críticamente al Pacífico un debate similar al de la existencia de un espacio atlántico o «Atlantic basin», defendido por los historiadores atlantistas; KORHONEN (Honolulu, 1996), 41/70, centrado en la dimensión ideológica de la supuesta «era del Pacífico» contemporánea; ADELMAN (Trinity, 2004), 399/430, sobre la especificidad de esta zona y los problemas que presenta su encaje —por no decir su ausencia— en los libros de historia mundial y, en general, véase este número monográfico de la revista titulado «Placing Latin American in World History»; por último, el también número monográfico «Africans and Asians: Historiography and the Long View of Global Interaction» en *Journal of World History*, 16 (Honolulu, 2005), e INIKORI (Cambridge, 2007), 63/86, que defiende el papel de África en la «escena central» de la globalización a partir del siglo XVI.

<sup>77</sup> Todavía no era así hace unos años: GEYER y BRIGHT (Bloomington, 1995), 1034/1060, 1036/1038.

o universal) sea una contradicción en sí misma, dado que ninguna historia puede abarcarlo todo y a todos. Las nuevas expresiones acuñadas por las ciencias sociales como el adjetivo «intermestic» («interméstico», en español: de fundir «international» y «domestic»), o «interarea history» («historia interárea»), son muy recientes aún para ser aceptadas como solución a un problema nominal en verdad poco relevante<sup>78</sup> Pero al margen del nombre que le demos, es indudable que como pretensión de conocimiento la historia global contribuye a paliar nuestra ansiedad intelectual de síntesis en una era de enorme crecida del saber y de cambios planetarios sincrónicos. Se trata de un problema endémico arrastrado por la historiografía del siglo XX. Cuando en 1951 Bernard Bailyn criticó el recién publicado *Mediterráneo* de Braudel, acertó en su razonamiento de no ver en el libro más que la meritoria aspiración de ensamblar tres niveles de temporalidad mediante el empeño de defender una unidad «geopolítica» mediterránea que, en realidad, no existía. Para algo así se requería una «historiografía más sutil» (*a subtler historiography*). Bailyn sería años después uno de los padres de la historia atlántica, para algunos otra fórmula también preconcebida que se vale del calzador para encerrar un trozo de historia en una geografía. Bailyn se mostró más agudo —hasta rozar el motivo clave que produjo una obra como *El Mediterráneo*— cuando apuntó a la «necesidad de nuevos principios de síntesis» que, desde los enunciados de Henri Berr, había agobiado a la historiografía francesa, como el origen de los elogios que Braudel había desatado entre sus compatriotas. Para Bailyn tales aplausos significaron una celebración antes de tiempo, ya que tampoco este experimento de síntesis *mediterránea* había alcanzado su objetivo, lo que obligaba a buscar nuevos modelos. «Uno no puede anticipar cuáles serán estas nuevas formulaciones, pues las cuestiones históricas cambian y las situaciones presentes alteran la atención del historiador y los criterios explicativos. Pero si es para cumplir su función de hacer inteligible el pasado del hombre, la historia debe permanecer como el estudio empírico del proceso de los asuntos humanos»<sup>79</sup>.

Obviamente, para Braudel era imposible conformarse con una propuesta que a sus oídos debió sonar convencional. Habiendo crecido en la atmósfera pro-síntesis y pro-mundialista del periodo de entreguerras, Braudel fue el ejemplo perfecto de una entrega a la búsqueda (fallida) de una historia que él llamó «total», pero que en realidad era hija del universalismo historiográfico promovido por sus maestros de juventud. Por eso aunque Bailyn tenía razón al negar que el *Mediterráneo* representara «una revolución en el método histórico», como rezó la salutación que Lucien Febvre dedicó a la obra, no puede negarse que sí tuvo el mérito de simbolizar el fin de muchas décadas de esfuerzos para crear una historiografía sintética y transnacional que a la vez fuera capaz de afrontar un caso de estudio. El alejamiento de

<sup>78</sup> SACHSENMAIER, 2011, 77/78

<sup>79</sup> «What these new formulations will be, one cannot anticipate, for historical questions change as present situations alter both the historian's focus and the criteria of explanation. But if it is to fulfil its function of making man's past intelligible, history must remain the empirical study of the process of human affairs». BAILYN, 277/282.

Braudel del hecho histórico, a menudo tan criticado, no fue una táctica «existencial» o psicológica usada para evadirse de la triste coyuntura personal y política que le tocó vivir<sup>80</sup>, sino más bien el fruto maduro de una escuela. Braudel clausuró un tiempo previo al suyo más que inaugurar otro venidero. Este quedaría en manos de una historia mundial renovada, de la historia atlántica y de la historia global, todas las cuales él tanteó después de su *Mediterráneo* sin lograr hacerse con ellas.

Tales esfuerzos no han terminado. En este punto Bailyn acertó al profetizar que el futuro traería más iniciativas. Un siglo después de su primer encuentro en París, el XIX Congreso Internacional de Ciencias Históricas reunido en Oslo en 2000 dedicó una de sus secciones a la historia global<sup>81</sup>. Fue solo un comienzo, pues ya en la reunión de Sydney de 2005 todo el congreso giró en torno a la «utopía de la historia universal» —*Utopia of Universal History*—, definida a partir de la búsqueda de «unas convicciones metodológicas comunes» —*common methodological convictions*—, el «espíritu de inclusión» —*a spirit of inclusion*— y el «énfasis en el contexto y las interconexiones» —*emphasis on context and interconnections*. En otras palabras: comparar, sintetizar y globalizar. No menos significativo es el regreso a la denominación de historia universal, una expresión que ya en el congreso de Roma en 1903 motivó una ponencia del historiador polaco Taddeo Kerzon ((1839-1918) acerca de su contenido. A su juicio, historia universal, historia mundial e historia general eran nombres que podían emplearse como sinónimos a causa de su imprecisión de origen y significado. Desde luego, el de historia universal resultaba literalmente incorrecto, hasta el punto de sugerir que era el más inadecuado de todos. «Estamos de acuerdo que [la historia universal] no tiene nada que ver con el mundo, el universo, el cosmos, el microcosmos, con la Tierra, estudiados desde el punto de vista de la astronomía, de la geología, de la física, etc. Nos contentamos con una pequeña parte de la geografía —la llamada geografía histórica»<sup>82</sup>. Cuando Kerzon planteaba esto no podía adivinar que la irrupción de la historiografía mundialista y su división en historia mundial e historia global devolvería su utilidad al adjetivo «universal», por entonces ya casi en desuso por su connotación de referirse a una historia en realidad solo occidental. Si con esta decisión los organizadores del evento quisieron evitarse problemas, seguramente acertaron, pues eran conscientes de que el mero hecho de reanudar la tradición de debatir sobre la humanidad como un todo implicaba un enorme desafío:

«No hay duda de que es difícil hacer historia universal. Uno necesita habilidades específicas, entre ellas los idiomas. Uno necesita un montón de conocimiento,

---

<sup>80</sup> HIMMELFARB, 1987, 11.

<sup>81</sup> JØLSTAD y LUNDE, 2000, 3/52, con resúmenes de las intervenciones. La sección se denominó «Perspectives on Global History: Concepts and Methodology». Una selección de los *papers* más innovadores ha sido publicada por SOGNER, 2001.

<sup>82</sup> «Nous sommes d'accord qu'elle n'a rien à faire avec le Monde, l'Univers, le Cosmos, le Mikrokosmos, avec la Terre, étudiée au point de vue de l'astronomie, de la géologie, de la physique, etc. Nous nous contentons d'une petite portion de la géographie —celle, qui s'appelle géographie historique». KORZON, 587/597, 588.

saber cómo comparar y cómo estudiar las interconexiones. Uno necesita ser paciente y conocer sus propios límites. Más importante quizás, casi en todas partes el estudio de la historia continúa, con gran razón, muy unida al contexto nacional y cultural en que es investigada. Pero hasta cierto punto uno tiene que abrirse desde tales contextos específicos con el fin de hacer historia universal»<sup>83</sup>.

Otra vez historia universal (*universal history*), síntesis (*a lot of knowledge*), comparatismo (*to compare*) y globalización (*interconnections*): el círculo ha tardado más de cien años en cerrarse.

\* \* \*

¿Y España? El atraso general del país en relación a su entorno durante el siglo XIX explica que las principales historias universales publicadas entonces fueran traducciones de obras tan conservadoras como la del italiano Cesare Cantù (1807-1895) o positivistas como la del francés Charles Seignobos (1854-1942)<sup>84</sup>. Entre los manuales, más breves y manejables predominaban también las obras francesas a cargo de autores situados a la derecha<sup>85</sup>. Es obvio que la mayoría de la sociedad liberal española se identificó con las visiones menos innovadoras de la historiografía mundialista. La brecha en este panorama la abrió el krausismo germano con su visión idealista de la humanidad. Aunque Karl Kraus (1781-1832) había construido una filosofía de la historia, sus promotores en España optaron desde fines del XIX por incentivar los valores más empíricos de una doctrina que terminó siendo un programa de regeneración nacional basado en el europeísmo, el cientificismo, el trabajo en equipo, la pedagogía y la participación política. Este despliegue se inició en 1876 con la creación de la Institución Libre de Enseñanza para cobrar alas desde 1907 con la Junta para la Ampliación de Estudios<sup>86</sup>. Pero incluso en su etapa más temprana el krausismo de un filósofo como Nicolás Salmerón (1838-1908) mostró su potencial renovador respecto de la historia universal. Su discurso de ingreso en la universidad de Madrid en 1866 fue una exaltación de la humanidad por encima de las naciones, hasta el punto de señalar que entre individuo y humanidad no había más diferencias que las «esferas intermedias de la vida» como la familia, la nación o las instituciones. «El hombre —concluía—, reconociéndose miembro activo de la patria común humana», servía para probar la capacidad de recuperación de las civilizaciones<sup>87</sup>. Años después, tras su amar-

<sup>83</sup> «There can be no doubt that universal history is difficult to do. One needs specific skills, languages among them. One needs a lot of knowledge, one needs to know how to compare and how to study interconnections. One needs to be patient and know one's own limits. Most important perhaps, nearly everywhere the study of history continues, with good reason, to be closely tied to the national and cultural context in which it is pursued. But to some extent one has to unlock oneself from such specific contexts in order to do universal history». «Sydney, CISH and the Utopia of Universal History», discurso de apertura del XX Congreso Internacional de Ciencias Históricas, Sydney, 3 de julio de 2005, en [www.cish.org/GB/Archives/Proj2005.htm](http://www.cish.org/GB/Archives/Proj2005.htm) (consulta realizada el 11/1/2010).

<sup>84</sup> CANTÙ, 1848-1850 (19 vols.), con reediciones en 1870 y 1889; SEIGNOBOS, 1916-1930 (6 vols.).

<sup>85</sup> Fue el caso de LAVISSE, 1916.

<sup>86</sup> CAPELLÁN DE MIGUEL, 2006, 236/251, y NIÑO, 2007, 199/229.

<sup>87</sup> SALMERÓN, 2008, 34/35 y 118/120.

ga experiencia como presidente de la I República española, Salmerón dio prueba de mantener su fe en esta visión unitaria y cosmopolita del hombre con la traducción al español de una parte de los *Études sur l'histoire de l'humanité* del jurista liberal luxemburgués François Laurent (1810-1887)<sup>88</sup>. El discurso de Salmerón ha sido visto como «toda una ruptura con los planteamientos historiográficos precedentes» conocidos en España pero, en todo caso, no hay duda de que formuló una visión nada habitual de la que fue pionero, que lo hizo desde una cátedra universitaria, que con ello reforzó la preeminencia que Alemania cobraba por días entre los intelectuales españoles y que, en el plano del método, ofreció un marco de análisis que recompuso —que invirtió— la categoría del estado-nación respecto de la de humanidad<sup>89</sup>. En cambio, la vinculación de la historia mundial con la filosofía de la historia —sobre todo alemana— pesaría como una losa a la hora de reconducir la primera por cauces más empíricos y, por tanto, más asumibles, para los profesionales de la historia<sup>90</sup>.

Pese a fogonazos como este, la historia universal se mantuvo en España bajo parámetros convencionales. Fue lógico, dado que era la propia disciplina de la historia la que entonces estaba en discusión frente a las ciencias sociales<sup>91</sup>. Este conservadurismo y la comodidad académica que vivía la universidad seguramente explican la ausencia de la historiografía española en los debates punteros sobre síntesis, comparatismo y mundialismo en los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas y en otros foros. Los estudios sobre la escasa participación de historiadores españoles en estos encuentros entre 1900 y 1950 no indican un interés especial por tales problemas; solo en el encuentro de Roma de 1903, Rafael Altamira (1866-1951) —jurista de formación— dedicó un apunte al valor del comparatismo para reivindicar que este método tenía en España «una tradición muy antigua», como atestiguaría la obra del cronista del siglo XVI Juan Páez de Castro<sup>92</sup>.

Si el interés de Altamira por este método fue consecuencia de su dedicación al Derecho comparado, sin embargo su cruzada para renovar la historiografía derivó de sus vínculos con la Institución Libre de Enseñanza y luego con la Junta para la Ampliación de Estudios —y, por medio de ambas, con la universidad alemana. En realidad, eran dos caras de una misma moneda. Su idea de que la historia debía explicar la «civilización» de un pueblo y no solo sus hechos políticos conectaba en gran parte con la *kulturgeschichte* que irradiaba Alemania, sin que esté del todo claro por qué Altamira apenas citó a los autores alemanes. De hecho, no los desconocía. En 1900 fue el autor de la primera traducción al español de los

---

<sup>88</sup> En concreto, Salmerón se ocupó del volumen 5 dedicado a Grecia; LAURENT, 1879-1880, 5 vols.

<sup>89</sup> La cita es de Capellán de Miguel en su introducción a SALMERÓN, 2008, 20.

<sup>90</sup> CARANDE, 465 (Madrid, 1989), 7/24; SOLANAS BAGÜÉS, 2005, 297/320, 306/311; y REBOK, 2010, en especial los capítulos de Albert Presas y Puig, José García-Velasco, Mauricio Janué i Miret, José María López Sánchez y Luis Arroyo Zapatero.

<sup>91</sup> PASAMAR ALZURIA, (Madrid, 1998), 13/48, sobre todo 14/26.

<sup>92</sup> ESPADAS BURGOS, 2012, 32.

*Discursos a la nación alemana* de Fichte<sup>93</sup>. En 1908 asistió en Berlín al Congreso de Ciencias Históricas —aunque para hablar de «El estado actual de los estudios de Historia jurídica en España». En 1912 se carteo con un ayudante de Lamprecht, quien aceptó publicar en alemán una parte de su *Historia de España* dentro de una colección de historia de los países europeos<sup>94</sup>. Y en 1946 planeó incluso una conferencia titulada «La influencia alemana en España en los siglos XIX y XX», que no pronunció y cuyo texto quedó inédito<sup>95</sup>. Quizás su contacto con Alemania estuviera demasiado mediatizado por sus colegas franceses, con quienes intimó desde su primer viaje a París en 1890 y quienes también gustaban de considerar a Altamira un producto de la historiografía francesa<sup>96</sup>. En todo caso lo que por entonces más preocupaba a Altamira era la historia en sí misma o, por decirlo mejor, el modo en que se enseñaba. Altamira resultó más atractivo como pedagogo que como teórico de la historia, en especial cuando tuvo que enfrentarse al dilema de qué tipo de historia debía impartirse en las enseñanzas primaria y secundaria: «¿Historia general (universal, de la Humanidad o como quiera llamársele) o sólo Historia nacional?». Tal fue la primera cuestión que abordó en una conferencia ofrecida en un curso de formación de maestros en Madrid en 1913. Su respuesta anticipó lo que siempre defendería: que la historia nacional debía ser solo el hilo conductor de una explicación también universal<sup>97</sup>. El «questionario oficial» del gobierno acabó por incorporar este principio en la década posterior, aunque los manuales siguieron siendo mucho más nacionales que universales<sup>98</sup>. Veinte años después, Altamira fue quien elaboró el informe sobre la situación de la enseñanza de la historia en España solicitado por el Comité Internacional de Ciencias Históricas. En este documento señaló como positivo la ausencia de «patrioterismo» en los manuales escolares españoles, pero en cambio lamentaba que la historia de España se enseñase sin relación con la historia universal; es más: esta prácticamente no existía. Tal carencia impedía alcanzar el «plan ideal» de cualquier enseñanza de la historia, consistente en explicar la historia nacional y la universal «en conjunto» para entender las aportaciones de cada pueblo mediante la búsqueda del «contraste» y el «parecido» —esto es, a través del método comparado. Altamira era pesimista respecto a que algún día se llegara a elaborar un «Manual internacional» de historia, y menos aún por iniciativa de «Asambleas, Asociaciones o Comisiones ejecutivas. Si llega a producirse —concluía— será obra individual»<sup>99</sup>. Para cuando escribió este informe —hacia 1932— Altamira ya era el intelectual español mejor conectado con los movimientos preocupados por la manipulación de la historia a manos del totalitarismo rampante. En este año fue

<sup>93</sup> FICHTE, 1900.

<sup>94</sup> CARRERAS ARES, 2000, 152/175, 161.

<sup>95</sup> ALTAMIRA Y CREVEA, 2011 [1948], 93/95 y 136/137.

<sup>96</sup> PEIRÓ MARTÍN, 2013, 85/117.

<sup>97</sup> Conferencia publicada en ALTAMIRA, 1923, 154/162, «Una lección de metodología histórica». Altamira era entonces Director General de Primera Enseñanza, cargo que ejerció entre 1911 y 1913.

<sup>98</sup> Como ejemplos, BALLESTEROS Y BERETTA, 1922-1943, 10 vols., y VERGARA MARTÍN, 1928.

<sup>99</sup> ALTAMIRA, 1934, 12, 46/48, 50/52 y 56/57.

nombrado presidente de la Conferencia Internacional de Enseñanza de la Historia, creada en París y que solo celebró dos reuniones en La Haya y Berna antes de su colapso en 1936 a causa de la Guerra Civil española. Esto supuso el fin de la etapa europea de Altamira y el comienzo de un exilio en México que alejó de España la renovación historiográfica más o menos mundialista que él pudo haber representado<sup>100</sup>.

Antes de que Altamira hubiese tirado la toalla en su lucha por una historia *perfecta* o «integral» que vinculara a la nación con la humanidad —lo que él llamaba «historia de la civilización» y que abrazaba la historia universal—, otro español había cesado de batallar también para conjuntar el nacionalismo con la paz. O, por lo menos, había reducido sus aspiraciones. Es significativo que fuera Casares quien se ocupó de neutralizar el proyecto de historia mundial que la Sociedad de Naciones sopesó en 1925. Tampoco mejoró esta situación el corto número de investigadores españoles invitados entre 1918 y 1939 a Alemania —todavía templo del comparatismo mundialista—, pese al esfuerzo que Berlín hizo por intensificar las relaciones con Madrid<sup>101</sup>. Sin embargo, la estrecha conexión de algunos intelectuales españoles con la cultura alemana acabó por tener consecuencias. Desde la *Revista de Occidente*, fundada en 1923, José Ortega y Gasset (1883-1955) trató de que España se incorporase a la inquietud historiográfica mundialista. ¿Tuvo esto que ver con los seis meses que Ortega pasó en la universidad de Leipzig en 1905 y con los dos años que siguió en Berlín y Marburgo hasta 1907? Dada su condición de filósofo y su rechazo a la historia positivista y negadora del «espíritu», Ortega se interesó por esta cuestión desde la filosofía de la historia y, secundariamente, a través de autores que experimentaban formas de historia universal fuera del circuito académico.

Lo primero se plasmó en la divulgación de la obra de Oswald Spengler (1880-1936) *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*, editada en español en 1923 y reseñada en el primer número de la *Revista*<sup>102</sup>. Los dos tomos de *La decadencia* habían aparecido en Alemania en 1918 y 1922, respectivamente, de modo que de la premura de la traducción se desprende el claro deseo de que los españoles se sumaran al debate. Pero *La decadencia* no era, ni es, un texto fácil. Su estructura circular y reiterativa, lejos del orden habitual de un libro de historia; su registro de ensayo, sostenido sobre citas poco sistemáticas; su lenguaje abstracto al servicio de juicios de valor, sin concesiones al empirismo; su desconfianza en la comparación, a la que niega la categoría de método pero que convierte en el eje de la obra; y su determinismo, de todo punto indemostrable, explican que este *best seller* de los años veinte desatara la pasión

---

<sup>100</sup> Así lo expuso él mismo retrospectivamente: ALTAMIRA, 1923, 99/101.

<sup>101</sup> DE LA HERA MARTÍNEZ, 2005, 67/68.

<sup>102</sup> MORENTE (Madrid, 1923), 175/182. El libro de Spengler apareció en Madrid, Espasa-Calpe, 1923, traducido por el filósofo Manuel García Morente (1886-1942) —el mismo autor de la reseña— con ayuda de Ortega.

del *spenglerismo* tanto como la de sus adversarios, sobre todo los historiadores académicos. Sin embargo, *La decadencia* reflejaba las preocupaciones de posguerra, obligaba a pensar la crisis occidental en clave mundialista y abría la puerta a la especulación. En el prólogo que Ortega dedicó a Spengler destacó precisamente esto: «No basta, pues, con la historia de los historiadores», la ceñida a los hechos «que efectivamente han acontecido» en menoscabo de «otros muchos que con otro coeficiente de azar fueron posibles»<sup>103</sup>.

Spengler dio pie a *Revista de Occidente* a abrir un debate —poco sistemático— sobre el valor de la historia universal con artículos de autores alemanes. Como explicaba un editorial de la revista en 1925, «la obra de Spengler ha planteado ante el gran público el problema de los períodos de la Historia Universal. Nos proponemos —anunciaba— publicar varios artículos de grandes historiadores actuales que discuten hoy la interesante cuestión». Al texto de H. Spangenberg sobre «Los períodos de la Historia Universal» en este número, siguieron «La decadencia de la cultura antigua» de Max Weber en 1926 y «Los sistemas de la Historia Universal» de Hans Freyer en 1931<sup>104</sup>. Este interés por la historia mundial fue, sin embargo, más filosófico que empírico y había nacido de la preocupación generacional por el destino de Europa más que de una inquietud genuina por renovar la historiografía académica —de la que Ortega desconfiaba—.

No es fácil calibrar el impacto causado por Ortega como agitador de la historiografía mundialista. Por limitado que fuera, desde luego supuso una entrada de aire fresco hasta entonces casi desconocido en el panorama español. Altamira era más pedagogo que historiador y hablaba sobre todo de cómo hilar la historia de España con la universal desde su particular versión de la *kulturgeschichte*. Ortega era más filósofo y precisamente por ello puso el dedo en la llaga al obligar a pensar en la historia universal *per se* aunque fuera a través del problema de la cronología. El interés de Ortega por acercar a España al menos algo de lo que el mundialismo alemán, en general, y la escuela de Lamprecht, en particular, significaban, se confirma con la publicación en 1931 del citado texto de Freyer, el sociólogo que sustituiría a Walter Goetz (1867-1958) como director del Instituto de Historia Cultural y Universal de Leipzig. Goetz, a su vez, había heredado de Lamprecht la dirección del Instituto, desde donde se alzó como uno de los intelectuales más brillantes de la Alemania de Weimar. Aunque el influjo del círculo *lamprechtiano* en el origen de esta labor de difusión debe investigarse más, sin embargo es indudable la existencia de un círculo orteguiano en los ataques al inmovilismo de la universidad española frente a la nueva historia universal. No fue casual que la traducción de los textos de esta *campaña* corriera a cargo de algunos de los nombres más prestigiosos de aquella generación y que ninguno fuera historiador. Filósofos como el propio Ortega o García Morente, escritores y críticos como Enrique

<sup>103</sup> ORTEGA Y GASSET, 1966, 2 vols. [1923], 1, 14.

<sup>104</sup> *Revista de Occidente*, 29 (Madrid, 1925), 192/219; 30 (1925), 330/340; 37 (1926), 25/59; y 69 (1931), 249/293.

Díez-Canedo (1879-1944) o periodistas y ensayistas como Ricardo Baeza Durán (1890-1956), no fueron los únicos.

Una plataforma como *Revista de Occidente* sin duda otorgó una visibilidad mayor al problema y ayudó a sacudir la inercia con que los editores españoles acudían al mercado europeo en busca de historias universales para su traducción. La última *Historia Universal* salida de la universidad española había sido la dirigida por el medievalista y académico Eduardo Ibarra Rodríguez (1866-1944), un intento de aunar el positivismo conservador del propio Ibarra y el providencialismo del jesuita Zacarías García Villada (1879-1936) con la nueva profesionalidad que exhibía el prehistoriador catalán y nacionalista Pere Bosch-Gimpera (1891-1974)<sup>105</sup>. Era dudoso que de este eclecticismo surgiera una solución. Solo desde esta conciencia se empezaron a considerar los nuevos enfoques mundialistas, como prueba la publicación entre 1931 y 1936 de la *Historia Universal* dirigida por Goetz. Subtitulada *Desarrollo de la humanidad en la sociedad y el estado, en la economía y la vida espiritual*, su traductor fue también el filósofo García Morente, el mismo que se había ocupado de verter al español la *Decadencia* de Spengler<sup>106</sup>. Pero el ejemplo definitivo de que los españoles aspiraban a ponerse al día en historia mundial fue la aparición, entre 1932 y 1937, de la *Historia Universal. Novísimo estudio de la humanidad*, coordinada por Bosch-Gimpera, Ferran Valls Taberner (1888-1942) y Manuel Reventós Bordoy (1889-1942). Los tres eran liberales por aquellos años y, en el caso del prehistoriador Bosch-Gimpera y del abogado y economista Reventós, habían estudiado en Alemania becados por la Junta para la Ampliación de Estudios. La obra era fruto de un equipo de decenas de colaboradores que defendían una «historia compleja, que tiene por sujeto todos los estratos de la población y por materia todas las manifestaciones de la vida colectiva», menos eurocéntrica que otras y superadora de visiones que eran filosofía de la historia pero no historia. San Agustín, Bossuet, Hegel, Marx e incluso Spengler tendían a contaminar la historiografía por el afán moralista de predecir el futuro de la humanidad en vez de limitarse a explicar su pasado, cuando solo este concierne al historiador. La invectiva contra Ortega por su desdén hacia la academia española y por querer trasladar la historia mundial al terreno de la filosofía — su *spenglerismo*— parece evidente. Tampoco el positivismo y la sociología resultaban ya suficientes para elaborar una historia mundial integradora de las culturas. La inspiración, sin embargo, podía venir del historiador del derecho alemán Friedrich Karl von Savigny (1779-1861), cuya «escuela histórica» combinaba el empirismo con la visión de la humanidad como un todo. «Creemos —concluían en el *Prólogo*— que la presente obra viene a llenar un vacío en nuestra bibliografía. De las historias del mundo publicadas en España, ninguna responde a las necesidades del momento actual en forma tal que pueda dar al gran público culto una

---

<sup>105</sup> IBARRA RODRÍGUEZ, 1921-1929, 6 vols.

<sup>106</sup> GOETZ, 1931-1936, 11 vols. [Berlín, 1929-1933]. Goetz dejó su cargo en la Universidad de Leipzig tras la llegada de Hitler al poder en 1933.

orientación clara y científica del estado actual de los conocimientos históricos»<sup>107</sup>. Dado que estas palabras fueron escritas en 1931, es posible que sus autores ignorasen que la *Historia Universal* de Goetz estaba a punto de aparecer en España. En todo caso, este debate mundialista de apenas diez años de duración había logrado que los españoles empezaran a disponer de dos historias universales de alta calidad, una de ellas debida enteramente a científicos nacionales. La paradoja fue que ninguna de estas obras conquistó el favor del «gran público culto» como lo hicieron las de un escritor inglés, *amateur* y de izquierdas, llamado Herbert George Wells (1875-1946).

Fue el periodista y escritor Ramiro de Maeztu (1875-1936) quien contribuyó a que la fama empezara a cortejar a Wells en España. En 1902 Maeztu tradujo su inquietante *War of the Worlds*, o *Guerra de los mundos*.<sup>108</sup> La novela, que era mucho más que eso, sumergía al lector en una escala global que le empujaba a identificarse con el planeta en vez de con un país. Como Wells, los partidarios de esta visión se alineaban con el izquierdismo. Con este preámbulo, Wells empezó su escalada en España. En marzo de 1922, invitado por la Residencia de Estudiantes, dio una conferencia en Madrid titulada «Impresiones acerca de la Conferencia de Washington y los problemas de la posguerra», en la que animó a los españoles a estar más presentes en el mundo anglo-americano<sup>109</sup>. Fue entonces cuando la *Revista de Occidente* —volcada en la reflexión sobre la historia universal— optó por promover otra obra de Wells, *Outline of History*, una síntesis divulgativa de historia mundial asesorada por académicos. Este libro inició una nueva etapa para este género en España.

Original de 1919, Díez-Canedo y Baeza tradujeron el libro en 1925 como *Esquema de la Historia*. Baeza también reseñó (positivamente) la obra al año siguiente incluyendo fragmentos de una entrevista que él mismo había realizado al autor en 1920. En ella, Wells confesaba que la idea de escribir el libro había surgido con la fundación de la Sociedad de Naciones llevado del deseo de unir a la humanidad mediante una historia común que acabara con la «corrupción nacionalista». La obra empezaba con la aparición del planeta en el cosmos e incluía a Asia central y a China como protagonistas de pleno derecho, lo que no era habitual en otras historias universales<sup>110</sup>. La publicidad de un manual como el de Wells desde *Revista de Occidente* no contradecía la presencia en sus mismas páginas de las teorías mucho más abstrusas a cargo de Spengler y otros alemanes; antes bien, la completaba, en el sentido de que el mensaje de Wells se dirigía a un público menos sofisticado. A su manera, *Esquema de la Historia* ponía a disposición

<sup>107</sup> BOSCH-GIMPERA, VALLS TABERNER y REVENTÓS BORDOY, 1, *Prólogo*, 1/22, 7, 17/18 y 22 (fechado en Barcelona, febrero de 1931).

<sup>108</sup> WELLS, 1902 [Londres, 1898].

<sup>109</sup> PÉREZ-VILLANUEVA TOVAR, 2011, 476/477 y 717. Wells habló en inglés con traducción simultánea a cargo de José Castillejo.

<sup>110</sup> WELLS, 1925 [1919], 2 vols., y la reseña de BAEZA, (Madrid, 1926), 121/127. Baeza había traducido años antes varias obras de Wells.

del lector común siquiera una parte de una historia mundial en plena fase de renovación y de indudable signo pacifista, demócrata, laico, supranacional y declaradamente izquierdista. Probablemente los españoles no habían leído en su idioma nada parecido. Por esta razón, el traductor del *Esquema* advertía en su «Nota preliminar» que este Wells no era el de las novelas de ciencia-ficción ni quizás tampoco el de sus otros «estudios político-sociales» —como *Rusia en las tinieblas* o *El salvamento de la civilización*, también traducidos por Baeza<sup>111</sup>-, sino el autor de unas «investigaciones de historia» alentadas contra los «prejuicios nacionalistas (...) Para Wells, uno es el hombre y uno el mundo». Su otro gran mérito consistía en haber logrado una obra de «síntesis histórica» contrariando a los que califican de «superficiales a libros que no limitaban su investigación de modo tiránico» al saber especializado. A su vez, Wells explicaba en la introducción el fuerte componente político de su libro: «Es necesario para la paz interna, lo mismo que para la paz entre naciones, un sentido de la historia como aventura común de la humanidad entera»<sup>112</sup>.

La apología del *Esquema* firmada por Baeza respondía, en realidad, a la desconfianza mezclada con desdén que un historiador y diplomático de la talla de Salvador de Madariaga (1886-1978) había mostrado hacia sus páginas. En agosto de 1925, estando ya destinado en la Sociedad de Naciones, Madariaga había publicado en *El Sol* su reseña «Escepticismo histórico», en la que dudaba de la objetividad atribuida a Wells. Lo relevante es que su enfoque estaba entonces fuertemente condicionado por el debate que había en Ginebra sobre la revisión de los libros de historia y la cuestión del «manual internacional». Madariaga negó que la obra de Wells fuera a resolver esta cuestión. No solo era «pura quimera» pensar en una historia universal para todos, sino que el texto de Wells en concreto resultaba «un noble fracaso» por su tendencia «protestante y anglosajona» y por sus errores sobre el pasado de España. Baeza replicó en el mismo periódico con dos artículos sucesivos, «El internacionalismo de Mr. Wells» y «Un libro formativo», en los que destacó el valor moral del ecumenismo historiográfico, por subjetivo que fuese, y la pedagogía de la obra<sup>113</sup>. De golpe, entre 1925 y 1926, la historia universal había saltado a la prensa y puesto a disposición del público un debate hasta entonces reservado a los eruditos.

Los difusores de Wells en España estaban de enhorabuena, pues el éxito mundial del *Esquema* llevó a su autor a escribir una versión reducida que apareció de inmediato en español. Esta nueva y mucho más asequible *Breve historia del mundo* conoció varias reediciones en los años veinte y treinta<sup>114</sup>. El traductor fue Rafael Atard y González, jurista de prestigio y amigo de Manuel Azaña (1880-1940). Este, cuando en mayo de 1932 presidía el gobierno de la II Repúbli-

---

<sup>111</sup> WELLS, 1920, WELLS, 1921.

<sup>112</sup> DÍEZ\_CANEDO, «Nota preliminar», y WELLS, «Introducción», 9/11.

<sup>113</sup> LÁZARO, 2004, 64 y ss.

<sup>114</sup> WELLS, 1921 [1920].

ca, anotó divertido en su diario: «Hemos tenido *la semana Wells*. Se ha dado importancia a la visita de don Heriberto, que tiene en Madrid algunas amistades». Y entre paréntesis añadió: «A don José Ortega le ha parecido muy mal que se haga demasiado caso a Wells, que no tiene más autoridad que la de un periodista»<sup>115</sup>. En esta ocasión Wells había sido invitado por el Comité Hispano-Inglés, un consorcio político-intelectual surgido en 1923 bajo la tutela de la Residencia de Estudiantes y trató de equilibrar la preponderancia alemana en España trayendo a Madrid a ilustres británicos como el arqueólogo Howard Carter en 1924 o el economista John Maynard Keynes en 1930. El comentario de Ortega parecía contradecir el apoyo que Wells había recibido desde la *Revista de Occidente*, aunque en realidad se trataba de una cuestión de jerarquía dado que el elitismo del filósofo situaba a un «periodista» por detrás de sus colegas, no por delante. Por lo demás, Wells admiraba a Ortega por *La rebelión de las masas*, hasta el punto de que a su vuelta de Madrid le dedicó una novela de ciencia ficción, *The Shape of Things to Come*, donde mezclaba la historia universal verdadera hasta 1933 con la del nacimiento de un futuro Estado Mundial en 2106. La dedicatoria rezaba «To José Ortega y Gasset explorador» —en español<sup>116</sup>. En todo caso, hubo que aceptar el predicamento que la prensa otorgó a Wells, convertido ya en una estrella de la divulgación histórica mundialista. Azaña mismo, que no asistió a la multitudinaria conferencia que Wells impartió el 19 de mayo en el teatro *Español* bajo el título de «Money and Mankind» («El dinero y la humanidad»), lo recibió en su despacho oficial durante dos horas. «Hablamos largamente de la situación de la República, de lo que hemos hecho y de lo que se piensa hacer. Le interesa mucho lo que aquí sucede y lo juzga bien. Wells es un viejo simpático»<sup>117</sup>.

La conferencia del 19 de mayo puso a un entregado público español frente a un Wells en su plenitud de activista por la causa mundial. Se trataba en parte de un auditorio ya entrenado por la temática universalista que los profesores invitados por la Residencia de Estudiantes habían desarrollado desde hacía una década, y que incluía desde el arte prehistórico, maya o de oriente medio hasta la India británica, la Rusia soviética y el socialismo internacional, pasando por las civilizaciones africanas, la Sociedad de Naciones o la relación entre Estados Unidos y Europa<sup>118</sup>. El asunto elegido ahora conectaba con la crisis económica de 1929, pero esta era solo un pretexto para construir una lección de historia universal. Wells se despojaba de cualquier hábito de historiador académico a sabiendas, sin duda, de las críticas que su trabajo había despertado. «Les habrán dicho que tengo pretensiones de historiador. Pues no es cierto; no las tengo. Lo que sí he tratado de hacer es agrupar los datos elementales que los hombres de ciencia me proporcionan sobre la historia humana y reunirlos en un *Esquema* que pueda entender una

<sup>115</sup> AZAÑA, 2000, 512, Madrid, 20 de mayo de 1932.

<sup>116</sup> LÁZARO, 54. La novela no ha sido traducida al español. La edición original en Londres, Hutchinson, 1933.

<sup>117</sup> AZAÑA, 2000, 512.

<sup>118</sup> PÉREZ-VILLANUEVA, 2011, 713/731.

persona de inteligencia normal». Para un hombre socialmente comprometido como Wells, urgía «presentar al vulgo culto una descripción sencilla aunque completa de *lo que es y lo que está ocurriendo*, para que sirva a los que tienen que vivir en esta época de violentos cambios». Sobre todo desde 1914, «sin que el hombre lo sospechara, vemos que su vida se ha transformado, haciéndose de varias economías distintas una sola mundial. Pero no se ha hecho el correspondiente ajuste en el orden político ni se ha cambiado nuestro sistema de enseñanza para que nos hagamos políticamente ciudadanos del mundo». Wells definía su papel como el de un «compendiador que procura extraer la sustancia de los hechos, relacionándolos (...) Si alguna crítica se me ocurre del método de los historiógrafos, es esta: Que, al analizar las causas de los fenómenos, no emplean lo bastante el método comparativo». Con sus palabras, Wells acababa de formular los tres componentes básicos que estaban renovando la historia mundial de entreguerras: la creciente globalización del planeta, la necesidad de síntesis y el uso del comparatismo. Pero lo había expuesto con su sesgo ideológico de izquierdas, esto es, contrario al exclusivismo y al excepcionalismo de la historiografía nacionalista. Su historia universal del dinero era otra cosa: incluía Mesopotamia, Egipto, Roma, la Edad Media y la Moderna hasta llegar a 1929 y concluir que «el mundo, en los aspectos económicos, financiero y monetario ha llegado a ser una sola entidad», aunque enferma a causa de una fragmentación política que la paz de Versalles debía haber combatido en vez de acentuar. La contradicción en que se hallaba sumido el planeta consistía en «la imposibilidad de proseguir con nuestra civilización actual, que se ha hecho cosmopolita, mediante un sistema de mandos puramente nacionales».

Wells confiaba en España —sobre todo «en esta nueva República»- para corregir la situación. Sin embargo, también parecía sorprendido de que la única gran potencia colonial del planeta antes de Gran Bretaña permaneciera inhibida ante aquella mutación. Ya lo había comentado en su anterior visita a Madrid en 1922 y volvería a plantearlo ahora, aunque desde la reflexión histórica. «En los siglos XV, XVI y XVII vino ese ensanche tremendo, esa expansión de la actividad humana (...), se derramó nuevo oro y nueva plata, especialmente ésta, sobre Europa (...) Fue obra de España principalmente. La historia de España durante dos siglos es la historia de la plata (...) Fue la plata española la primera que anduvo por el mundo, renovando y ensanchando la vida del hombre. Aquel predominio duró hasta fines del siglo XVIII». Desde esta perspectiva mundial, España y Gran Bretaña no debían verse «como antagonistas, sino como las dos naciones que fueron las primeras en ser elevadas y lanzadas a una expansión material como no ha conocido ningún otro pueblo». ¿Cómo no valerse de este pasado integrador para impulsar un mundo más unido? La comunidad internacional esperaba una voz más activa de España ante la crisis de 1929. A juicio de Wells, la historia imperial española era una responsabilidad más que un motivo de orgullo. «No debe olvidarse que fue España la que trajo la plata a Europa e inició el nuevo movimiento (...) El pensamiento español ha desempeñado siempre un papel varonil y vigorizador en la cultura europea; pero no entraré en consideraciones sobre el valor de las que

fueron iniciativas españolas en el pasado: las que me interesan son las de la España de hoy y del mañana. Pero ¿con qué criterio mira la moderna intelectualidad española este problema universal del dinero?»<sup>119</sup>.

Ciudadanía mundial, humanidad, renovación pedagógica de la historia, síntesis, enfoques comparatistas, cosmopolitismo, pacifismo, cooperación internacional... Ninguno de estos puntos programáticos era neutro, sino que a la fuerza chocaban con la cultura *de nación* dominante en la historiografía. Era esta, y no la visión mundialista de Wells, el auténtico obstáculo a la hora de introducir a España —como a otros países, incluida la Gran Bretaña de Wells— en la senda del cambio. Por eso importó poco que el autor del *Esquema* y de la *Breve historia del mundo* ofreciera al público español la oportunidad inmensa de reescribir su pasado en función, por ejemplo, del papel globalizador que su imperio había jugado en el aspecto económico. No era esto lo que la historiografía nacionalista quería enseñar o, por lo menos, no solo. Se entiende así la reacción que Wells provocó entre los conservadores. Maeztu, el antiguo traductor de Wells y ahora escorado a la derecha, aprovechó la gira del escritor por Madrid, Toledo (donde visitó a otro liberal eminente, Gregorio Marañón) y Barcelona para criticar desde *ABC* su anticatolicismo y la falta de rigor histórico, lo que trató de argumentar contraponiendo el *Esquema de la Historia* a la obra de Marcelino Menéndez Pelayo<sup>120</sup>. La opinión de Maeztu es esencial porque adelanta lo que iba a suceder en España a partir de 1939 con la historiografía mundialista que Wells representaba.

Pero para el avance del universalismo que ganaba posiciones en España, el gran acontecimiento fue la reunión en Madrid del Comité de Letras y Artes de la Sociedad de Naciones entre el 3 y el 7 de mayo de 1933. Este comité dependía del Instituto de Cooperación Intelectual, especialmente preocupado por la crisis de 1929 y el ascenso de las dictaduras. El tema escogido para estas «conversaciones» —las segundas de un total de nueve celebradas entre 1932 y 1938— fue «El porvenir de la cultura»<sup>121</sup>. El Madrid republicano se apresuró a organizar el evento en el recién inaugurado auditorium de la Residencia de Estudiantes bajo la presidencia de la premio Nobel Marie Curie y la batuta de Salvador de Madariaga. La ponencia inaugural corrió a cargo del filósofo García Morente, el traductor de *La decadencia de Occidente* de Spengler y de la *Historia Universal* de Goetz. Como primer anfitrión, el ministro de Estado, Luis de Zulueta, aprovechó su discurso de bienvenida para intentar que las «conversaciones» se centraran precisamente en la búsqueda de respuestas al desafío de un mundo ya universal. Filósofo de formación y experto pedagogo, Zulueta insistió en la necesidad de afrontar este «fenómeno nuevo, el más característico tal vez de nuestros tiempos: el mundo,

<sup>119</sup> «Conferencia de H. G. Wells», *Residencia. Revista de la Residencia de Estudiantes*, 3-3 (Madrid, 1932), 61/66. Se trata de un resumen de la conferencia, no del texto completo.

<sup>120</sup> LÁZARO, 2004, 54 y 70. Sobre la excursión de Wells a Toledo y al cigarral de Marañón, AGUILAR MUÑOZ, 1963, 188/189.

<sup>121</sup> RENOLIET, 1999, 317/319.

este planeta que para nuestros antepasados estaba lleno de lejanías ilimitadas y misteriosas, se ha vuelto de pronto extremadamente pequeño. La Tierra entera está en nuestras manos (...) La humanidad está hoy físicamente reunida. Y todo este cambio ha sido rapidísimo». Esta era la razón que había devuelto la historia al centro del debate. «El pensamiento moderno está orientado de una manera histórica. Tal vez por descontento del presente (...), nos dedicamos constantemente a revisar e interpretar el pasado y, sobre todo, a adivinar o preparar el porvenir». Correspondía ahora, en consecuencia, «armonizar o, si lo preferís, organizar internamente los tres aspectos de la cultura: el individual, el nacional y el de la cultura de la Humanidad. Y concluía: «De lo que no cabe dudar es de que en nuestro siglo se está dibujando el esbozo de una cultura total humana y de una organización de la vida internacional basada en los principios universales y en los intereses comunes a todos los pueblos de la tierra», y a esta nueva cultura quería contribuir la República española desde «la política de Ginebra» cimentada en «la unión y la paz»<sup>122</sup>.

El sesgo mundialista que la mayoría de aquellos veinticuatro sabios imprimió al debate chocó, como era previsible, con el nacionalismo de unos pocos, sobre todo del matemático italiano A. R. Severi, fiel defensor de la visión derechista de una cultura por cada pueblo antes que de otra común a la humanidad. Pero no todas las desconfianzas hacia el universalismo cultural vinieron del lado totalitario, sino también del realismo de quienes aún veían en la cultura nacional la clave identitaria de cada país. Fue el caso del español Miguel de Unamuno, con intervenciones extemporáneas, y del economista estadounidense Edwin Gay, mucho más ponderado. La tensión entre ambos extremos afloró en la ponencia de apertura a cargo de García Morente, pesimista (por más que lo negara luego) y a la vez beligerante a la hora de denunciar el peligro que para la cultura suponían, en el plano social, el exceso de especialización («la barbarie del especialismo»), la producción en serie y la masificación y, en el plano político, el totalitarismo y el nacionalismo. «El nacionalismo, que es un hecho, tampoco puede ser base de la cultura, sino más bien fondo del cuadro, porque la cultura tiende a elevarse sobre la universalidad sin suprimir el patriotismo. La cultura —sentenció— tiene que hacerse ecuménica»<sup>123</sup>. Los antidotos para los primeros males señalados por el traductor de Spengler y Goetz eran la síntesis, el fomento de la genialidad y la promoción de las élites, elementos todos ellos demasiado minoritarios incluso para Madariaga y Gregorio Marañón (el amigo de Wells), que dieron las réplicas más vivas a Morente. Madariaga no anticipaba la quiebra de la cultura universal, sino que la veía «más vigorosa que nunca» a causa de tres elementos: el auge de la ciencia, el de la síntesis —que no contradecía la especialización— y el de un fenómeno que hoy llamamos globalización pero que Madariaga explicó con un

---

<sup>122</sup> «Reunión del Comité de Letras y Artes del Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones», *Residencia. Revista de la Residencia de Estudiantes*, 4-3 (Madrid, 1933), 103/112; el discurso de Zulueta en 104/106.

<sup>123</sup> *Ibid.*, 111/112.

circunloquio revelador de lo difícil que era resumirlo en una palabra: «En tercer lugar, la disminución rápida del tamaño del mundo, a que ya se ha hecho alusión. El comercio y las ideas circulan con maravillosa rapidez; el mundo ya no es más que un mercado y un ágora y una opinión, y las naciones van perdiendo sus características de ambiente cerrado o, al menos, lo que de ello tienen. Se establece una exósmosis y endósmosis de cultura». El desenlace político de este proceso se plasmaba en una sentencia lúcida, contundente y premonitoria del mundo actual: «Al aparecer con este vigor la idea de cultura universal, el problema de la soberanía se plantea como paralelo al de la libertad, porque la libertad de los individuos dentro del Estado es necesaria para la protección del hombre individuo, y la limitación de la soberanía de las naciones en la Humanidad es necesaria para la protección de la Humanidad». En este contexto, la función, casi misión, de los intelectuales consistía en «desarrollar una fe humana, a saber: que el planeta pueda organizarse por los hombres de razón para permitir la vida de todos los hombres sin otras limitaciones a su felicidad que las que impone a cada uno la ley de su propio ser»<sup>124</sup>.

La crispación vivida en las «conversaciones» a la hora de consensuar la declaración final lleva a pensar que Madariaga lanzó este vibrante discurso para neutralizar la resistencia de los partidarios de la cultura nacional de sesgo totalitario frente a la universal de vocación liberal. Es probable también que la última intervención de su compatriota Morente fuera en este sentido, sobre todo al apoyar con firmeza «una indicación del Sr. Madariaga acerca de la deseable limitación de las soberanías (...) Puede pensarse que por encima de los poderes nacionales sea posible hallar un índice de derechos humanos y preceptos humanos de conducta que ponga cierto límite al omnímodo poder de las soberanías nacionales, para mayor bien de la cultura ecuménica, universal, que —dada la multiplicación inaudita de los contactos e intercomunicaciones actuales— es la forma inmediata previsible de la cultura»<sup>125</sup>. Esto fue demasiado para los fascistas Severi y el filósofo Francesco Orestano. El primero de ellos se definió «de ideas opuestas a la mayoría de los circunstantes. El individuo sin la nación no representa nada. En mucho tiempo no se puede hablar de cultura universal. Aquí se ha dicho que hay tiranos, y esta palabra solo se puede emplear en un sentido histórico, porque hoy no existen tiranos si por esto se entiende gobernar a un pueblo sin la adhesión de los ciudadanos». Ahora sin caretas, los participantes debían pactar un manifiesto que, tras varios borradores, incluyó seis puntos claramente universalistas. La cultura se vinculó a la «paz general» y su porvenir —objeto de las «conversaciones»— a «elementos universales que, a su vez, dependen de una organización de la Humanidad como unidad moral y jurídica». La cultura nacional, el asunto más espinoso de aquel encuentro, quedó limitada bajo la afirmación de que «no se

<sup>124</sup> «Reunión del Comité de Letras y Artes del Instituto de Cooperación Intelectual de la Sociedad de Naciones», *Revista. Revista de la Residencia de Estudiantes*, 4-4/5 (Madrid, 1933), 161/182; el discurso de Madariaga, 167/169, y el de Marañón, muy interesante también, 173/176.

<sup>125</sup> *Ibid.*, «Resumen y contestación por el Prof. Sr. García Morente», 178.

puede concernir más que en relación con las culturas nacionales vecinas y la cultura universal, que las comprende todas». Por todo ello, el comité preconizaba «la organización y extensión a todos de una educación ampliamente humana (...) en la concepción general del mundo», para lo cual debían estimularse las élites intelectuales, la pluralidad de ideas y los trabajos de síntesis. Este triunfo del mundialismo fue exaltado por Paul Valéry en el discurso de clausura. Unir las culturas del pasado con las del presente y armonizarlas todas «en cuanto sea posible» para establecer «una cultura de la raza humana», habían sido los dos objetivos de aquel encuentro. Aunque el tiempo diría hasta qué punto se habían alcanzado, cuando menos los conferenciantes «saldrán de Madrid con una alta apreciación de lo que España ha hecho por la Humanidad»<sup>126</sup>.

No sorprende que ante el vuelo mostrado por este universalismo surgieran los adversarios, y no solo entre los sabios extranjeros del Comité de las Letras, sino en la propia España. A fin de cuentas, todo esto había ocurrido en Madrid, con el aplauso del gobierno de la nación y con un elevado protagonismo de intelectuales españoles. Aquello demostró que si bien la academia española no acudía a los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas para ilustrarse sobre el nuevo mundialismo, sin embargo era innegable que al menos una parte de la actitud mental *globalista* de entreguerras había calado en la élite del país. Esto último, quizás, era lo más peligroso para sus oponentes. En 1935, para el jesuita Zacarías García Villada no había duda de que había al menos «cuatro corrientes intelectuales que se disputan la formación de la conciencia nacional y la dirección de nuestro pueblo. La primera —empezaba— es la socialista, que todo lo espera de la lucha de clases y del factor económico. La segunda, la representada por la generación del 98, que se agrupa ahora alrededor de la *Revista de Occidente*, y cifra la salvación de España en el olvido de su historia y en su europeización. La tercera, la personifica en el espíritu de Giner de los Ríos, transmitido a través de la Institución Libre de Enseñanza, cuyo afán es crear una sociedad culta eminentemente naturalista, de tipo inglés. Y la cuarta, la propugnada por las fuerzas católicas». Esta última, en su versión más apegada al «mar fecundo e inmenso de nuestra tradición», era la única capaz de regenerar a España y estaba representada por «obras tan aleccionadoras y enjundiosas como la *Historia de España*, por Menéndez Pelayo, y *Defensa de la Hispanidad*, por Ramiro de Maeztu»<sup>127</sup>. Villada había estudiado historia en Viena durante 1910-1911, de donde trajo sin embargo una visión bastante rígida del «método histórico» germano<sup>128</sup>. Esta poca flexibilidad se deja ver en su esquema algo simplista de las cuatro corrientes señaladas, aunque entendible en el marco de polarización de los años treinta. En todo caso, su diagnóstico reflejaba con acierto las tres alternativas principales al tradicionalismo antiliberal: la izquierdista, la europeísta y la institucionista. Al dibujarlas, Vi-

---

<sup>126</sup> *Ibid.*, «Mensaje de Paul Valéry», 182.

<sup>127</sup> GARCÍA VILLADA, 1940, 5/7. Se trata de una conferencia pronunciada por Villada en la sede de la revista monárquica *Acción Española* en mayo de 1935.

<sup>128</sup> GARCÍA VILLADA, 1921.

llada anticipó —sin que él llegara a verlo— el destino que a las tres impuso el franquismo, identificado en general con la corriente nacional-católica defendida por el jesuita: la primera quedó prohibida, la segunda, marginada y, la tercera, exiliada o extinguida. Por lo que cabe a la historia universal, el pluralismo de los años previos a 1936 fue sustituido por el triunfo de una sola manera de hacerla y entenderla. El problema nunca estuvo en la beligerancia de una corriente como la de Villada, sino en que esta se impuso hasta acabar con el poco debate que los españoles habían empezado a conocer, incluso a practicar, sobre la historia mundial, ya fuera en su variante filosófica alemana desde la *Revista de Occidente*, ya fuera en la de signo institucionista, como la del equipo de Bosch-Gimpera y su *Novísimo estudio*, ya fuera en otra más divulgativa como la de Wells.

¿Dónde estaba ahora el público que había abarrotado el *Español* para escuchar devotamente a Wells? Por elemental y anecdótica que hoy resulte una obra como la *Breve historia del mundo*, lo indiscutible es que Wells cubrió una demanda no atendida por los historiadores españoles. La fama de escritor le precedía, y eso contribuyó a su éxito, pero este obedeció sobre todo a unas claves ideológicas que nadie ignoraba. Su historia mundial daba una visión antinacionalista de la historia mundial, y eso era lo nuevo. España, como expuso en su conferencia de 1932, podía contribuir a explicar mejor que otros cómo la plata de sus colonias había mundializado las finanzas desde el siglo XVI; pero esto no era historia de España, sino un patrimonio historiográfico de todos. Esto era incompatible con la tesis defendida por el jesuita Villada, para quien la base discursiva era la filosofía de la historia providencialista de san Pablo y san Agustín. Se trataba de una filosofía (católica) de la historia (nacional) embebida de una teología que, obviamente, imprimía carácter religioso a un pueblo: «El destino de España en la historia universal» era el título de su conferencia de 1935, bien diferente del «Money and Mankind» de Wells de solo tres años antes también en Madrid. La «misión» de España en el mundo nada tenía que ver con la plata americana, sino que había sido la de expandir la catolicidad, lo que causó su grandeza; la decadencia llegó cuando la influencia extranjera arruinó la «unidad moral e intelectual». De Francia vino «el enciclopedismo, el liberalismo y la democracia, erróneos en sí mismos y opuestos al carácter español (...) Hay, se dice, que hacer esto, porque así se hace o se ha hecho en Alemania o Italia, en Bélgica o en Holanda, en Francia o en Inglaterra, o porque así lo dice tal o cual personaje (...) España, *Católica oficialmente*, será también el brazo del *Universalismo* y de la *Catolicidad*. España, *atea o laica oficialmente*, no será nada y se derrumbará»<sup>129</sup>.

La primera víctima de este maximalismo fue el propio Villada, que murió fusilado por los republicanos en septiembre de 1936, al igual que Maeztu, el traductor de Wells, en octubre. La segunda víctima fue la historia universal. El franquismo la encerró en la religión católica por muchos años, haciendo que su recorrido perdie-

<sup>129</sup> GARCÍA VILLADA, 1940, 237, 241 y 264.

ra mucho de lo andado. El mejor símbolo de aquella transformación fue la suerte asignada al auditorium de la Residencia de Estudiantes. El lugar donde el comité de la Sociedad de Naciones había logrado salvar a la cultura universal del sectarismo, fue convertido en 1946 en la iglesia del Espíritu Santo para que este inspirase a la nueva ciencia española que ahora crecería al amparo del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, fundado en 1939 en sustitución de la suprimida Junta para la Ampliación de Estudios. La ciencia oficial franquista, pues, sería también *universal*, aunque solo en el sentido *católico* del término. Ni siquiera valía ya la referencia genérica al cristianismo que Madariaga había defendido ante el Comité de Letras de Madrid como inspiradora de una cultura universal de «fraternidad» e «igualdad»<sup>130</sup>. No: esta cultura debía ser, además, católica y, por ende, *española*. Lo expresó muy bien García Morente en su obra póstuma *Ideas para una filosofía de la historia de España*. El filósofo antaño educado entre Bayona y París, becado por la Junta para la Ampliación de Estudios en Munich, Berlín y Marburgo, profesor de la Institución Libre de Enseñanza, amigo de Ortega, reformista universitario, traductor de Spengler y Goetz, impulsor del nuevo auditorium de la Residencia de Estudiantes —donde él sería ponente del Comité de Letras y Artes en las «conversaciones» de 1933— y, además, ateo, sufrió una crisis personal en la Guerra Civil que le llevó a ordenarse sacerdote en 1941. Murió dos años después mientras preparaba una edición de la *Suma Teológica* de Tomás de Aquino, en un giro asombroso hacia la neoescolástica más conservadora<sup>131</sup>. Pero antes, en sus *Ideas*, Morente asumió la enorme involución de su pensamiento hacia lo que podría ser definido como integrismo providencialista nacional-católico. Esta obra —en realidad, el discurso de apertura del curso académico 1942-1943 en la Universidad Complutense—, es una interpretación de la historia de España basada en el esencialismo hispano y en la misión evangelizadora confiada por Dios a los españoles. Al hilo de lo que califica «el gran tema religioso-patriótico de la Hispanidad», instaba a la juventud a colaborar en la «acción renovadora» del régimen nacido en 1939.

Pero lo más interesante era la insistencia en encuadrar la historia española de los últimos 1.500 años en una misión planetaria también confesional y, en contraste con lo que había sido su trabajo durante años, enemiga de cualquier filosofía de la historia universal o, lo que es lo mismo, de cualquier intento de racionalizar la evolución humana en función de rasgos compartidos. Bajo su epígrafe «No hay filosofía de la historia universal» argumentaba que «la filosofía de la historia universal es solo de Dios, no del hombre», pues era tal la diversidad de experiencias históricas que no podía abordarse una explicación de este tipo. En cambio, la filo-

---

<sup>130</sup> «Reunión del Comité de Letras y Artes...», *op. cit.*, 4-4/5 (1933), «Discurso del Sr. Madariaga», 169.

<sup>131</sup> Los datos básicos sobre su biografía en GARCÍA MORENTE, 1996, 2 tomos (4 vols.), PALACIOS y ROVIRA, «Prólogo», 1-1, IX/XXXV. Los autores no incluyen la participación de Morente en las «conversaciones» del Comité de Letras. El papel determinante de Morente en la construcción del auditorium de la Residencia en SAENZ DE LA CALZADA, 2011, 172.

sofía de la historia *nacional* no solo era posible, sino deseable para que cada pueblo conociera su «misión». De este modo, Morente devaluó el universalismo secular en un doble plano: reduciendo la historia universal a un mero compendio enciclopédico y negando que existiera la filosofía de la historia universal, porque por ese camino se disolvía el esencialismo católico español. En otras palabras, invirtió los términos de la fórmula historiográfica del mundialismo al poner la historia universal al servicio de la historia nacional, hasta el punto de que esta se apropiaba de aquella. Las cuatro fases en que divide la historia de España se confunden con una historia que solo emerge como universal cuando los españoles juegan un papel *globalizador*. Después de los «siglos de preparación» bajo Roma y los visigodos, llega «la formación de la nacionalidad» con la Reconquista y, por fin, entre 1500 y mediados del siglo XVII, la «expansión de la hispanidad», cuando es España quien se ocupa de que el mundo sustituya una política solo «internacional» por otra ya «mundial». Únicamente España «fue capaz de concebir un orden universal del mundo entero y llevarlo a realización (...) La idea del Imperio español es la idea del Imperio católico, mundial. Su ideal extremo sería el establecimiento de la unidad católica en el mundo entero». Al no lograrlo, desde 1700 España entró en el período de «aislamiento» para defenderse del racionalismo y la desecristianización liberal. No es atraso ni anacronismo, sino un acto de fidelidad a su ser, porque «cuando no es ya posible proseguir en la propugnación del ideal cristiano ecuménico, España se retira». Los intentos de «europeizar» al país han terminado en catástrofe, como no podía ser de otra manera, porque «España no necesitaba, no necesitó nunca europeizarse, porque España era Europa misma». La «esperanza de la hispanidad» estaba puesta ahora en el regreso a su ser católico bajo el franquismo<sup>132</sup>.

El impacto del ensayo de Morente en la historia universal trabajada en España está por estudiar. Como mínimo, su huella en algunos de los modernistas de los años cuarenta parece innegable. Sus páginas, quizás poco originales, eran el testimonio de un *arrepentido* de todo ese liberalismo europeísta que, de un modo más bien desmemoriado, Morente atacó sin incluirse entre los que lo habían traído. Para el régimen de Franco su caso, obviamente, adquirió un valor notable, pues más allá del *exemplum* biográfico de un filósofo ateo y cosmopolita transmutado en sacerdote tomista y patriótico, lo atractivo de sus *Ideas* radicaba en que ofrecían una práctica de historia universal asumible por el nuevo régimen y que neutralizaba o, cuando menos, inhibía a cualquier otra. El bagaje de Morente como experto en este campo le confería credibilidad. Y, como en el caso del jesuita Villada, lo relevante a efectos académicos no era la argumentación en sí misma, sino que esta se impuso a las demás sin oportunidad de debatir. La contundencia asimismo con que Morente ligó la historia de España al universalismo (aunque fuera solo al de signo católico) podría explicar en parte por qué los historiadores más críticos con la dictadura o, simplemente, más profesionales, postergaron e

<sup>132</sup> GARCÍA MORENTE, 1943, 32/37, 78/85 y 112/117.

incluso excluyeron de su agenda el interés por la historia mundial durante mucho tiempo, al hallarse ésta politizada en un sentido unívoco. En todo caso, dentro de los parámetros tan estrechos en los que un jesuita, primero, y luego un sacerdote habían encasillado la historia universal —o lo que entendían por ella—, no había mucho espacio para experimentar. El franquismo echó el freno a la renovación que había conocido este género en la edad de oro de los veinte años previos. Wells, por ejemplo, fue censurado: en 1956 se restringió la venta de una edición argentina de su *Esquema de la Historia* (estaba prohibida su exhibición en los escaparates), y en 1964 se denegó el permiso de edición por ser «abiertamente hostil a España». La *Breve historia del mundo* conoció el veto a su impresión o importación hasta en cuatro ocasiones entre 1940 y 1955 por la ideología socialista del autor, por sus ataques a la iglesia católica y por dar «una interpretación torcida tanto de la guerra española como del sentido político del Movimiento Nacional»<sup>133</sup>. La intervención franquista en la obra de Wells no se agota en un mero acto de censura, sino que al dirigirse contra una determinada manera de entender la historia mundial (laica, ecuménica, sintética y pacifista), afectó no solo a un autor, sino a toda una corriente —la que, de hecho, causaría la principal renovación del campo en la década de 1950. El espacio de la historia universal volvieron a ocuparlo la filosofía de la historia —ecléctica, con Ortega a la cabeza<sup>134</sup>—, algunos ensayos pseudohistoriográficos<sup>135</sup> y, sobre todo, las enciclopedias anteriores a la Guerra Civil, adaptándolas al nuevo régimen cuando fue necesario. Así, en 1951 Jaime Vicens Vives tomó como base la *Historia Universal* de Bosch-Gimpera —ahora exiliado— para publicar sus *Mil lecciones de la historia* a cargo también, como en los años treinta, del Instituto Gallach y con la ayuda de algunos discípulos de Bosch-Gimpera, como Luis Pericot García (1899-1978). A su vez, la *Historia* de Ballesteros se reeditó en 1953 y la *Historia Universal* de Goetz en 1968, en esta ocasión supervisada por José María Jover Zamora<sup>136</sup>.

La dictadura también fue responsable de que se perdieran oportunidades creadas por el propio franquismo. El tema del imperio español, asunto nuclear de la historiografía de la década de 1940, se instaló en el terreno del esencialismo nacional-católico, y ello a pesar de que la constatación de una «Monarquía Universal» como la española de los siglos XVI y XVII suponía un reclamo bien visible para investigaciones de vocación más abierta y comparatista. El franquismo provocó que un tema susceptible de actuar como punta de lanza de una escritura mundialista se convirtiera en una herramienta de introspección<sup>137</sup>. Si la nueva historia mundial tuvo que recorrer un duro camino en Estados Unidos hasta su

---

<sup>133</sup> LÁZARO, 2004, 93/94 y 98. Es obvio que Wells había ampliado su primera versión del libro para dar cabida a la Guerra Civil española. Las novelas de Wells se reeditaron con menos restricciones.

<sup>134</sup> ORTEGA Y GASSET, 1959; y FERRATER MORA (1912-1991), 1945.

<sup>135</sup> SCHMITT, 1952 [1942]; la nota antisemita en 16/17. Sobre este autor, GONZÁLEZ CUEVAS, 2002, pp. 181/268.

<sup>136</sup> VICENS VIVES, 1951, 2 vols. (reeditada en 1971); BALLESTEROS BERETTA, 1953-1956, 11 vols.; GOETZ, 1968-1972. Sobre el papel de Jover Zamora al frente de esta reedición, PEIRÓ, 137/138.

<sup>137</sup> FERNÁNDEZ ALBALADEJO, (Santiago de Compostela, 2011), 131/148.

triumfo, en la España franquista simplemente no tenía lugar. Así, cuando en los años 1960 y 1970 llegó la influencia de los *Annales*, el aspecto renovador que más se apreció de ellos en España fue el peso dado a la sociedad y a la economía sin que ni siquiera por este camino, ni por el que implicaba hablar de «historia total», se viera una invitación a bucear en la dimensión mundialista de los problemas.

Si el debate sobre la síntesis y la comparación fue prácticamente ajeno a los historiadores españoles del siglo XX, en cambio la actual globalización sí les ha interesado como factor de génesis de una historia mundial. La tardanza de España en incorporarse a esta preocupación, la coincidencia con la llegada de la historia atlántica y la explosión, por último, de la historia global propiamente dicha, han provocado entre nosotros una notable confusión de términos y conceptos. En particular, los últimos tres congresos de «Historia a debate» celebrados en Santiago de Compostela en 1999, 2004 y 2010 incluyeron secciones o ponencias dedicadas a «Cómo hacer historia global», «Historia mundial como historia global», «Historia mixta como historia global» o «La historia marítima como historia total», un esfuerzo meritorio pero poco sistemático por facilitar una brújula que, en consecuencia, no acaba de señalar el norte deseado<sup>138</sup>.

De los tres factores coadyuvantes de la historia mundial —síntesis, comparación y globalismo—, España parece haber sido sensible tan solo al último, aunque a destiempo y sin la reflexión académica y bibliográfica suficientes. Pero es importante conocer los tres naipes de la baraja que han desencadenado la pasión globalista para, desde ahí, calibrar las discusiones ya producidas y poder sumarse a la corriente de la historia mundial o global. Esta cuestión de las denominaciones tampoco debiera verse como un problema insuperable. Desde la profesionalización de la historia en el siglo XIX se aceptaron los nombres de historia universal e historia mundial, heredados de siglos anteriores, prácticamente como sinónimos, a los que se añadió el de historia global en la segunda mitad del siglo XX. Hoy, salvo para quienes se adhieren a planteamientos demasiado exigentes, las tres denominaciones son relativamente intercambiables. Con todo, dado que la de «historia universal» es una expresión caída en desuso (al igual que la de «historia total»), el debate se ha reducido a los que piensan que la historia mundial sirve para incluir a la reciente historia global, y los que prefieren considerar la historia global como la historiografía específica de la globalización contemporánea. También hay quienes defienden que el significado de mundialización y globalización no coinciden, pues mientras la primera supondría la conexión de varias culturas que se influyen mutuamente, la segunda implicaría la imposición de una cultura sobre otra u otras que se repliegan e incluso desaparecen. No es sencillo demostrar que ambos fenómenos se produzcan en estado puro.

<sup>138</sup> Véanse, en particular, las actas del segundo y tercer congresos: BARROS, 2000, 3 vols., vols. 2 y 3, 2009, vol. 3.

En el caso español, además de predominar el desconocimiento de este mapa terminológico, existe el riesgo añadido de la fascinación algo esnobista con que nuestro medio académico suele acoger las propuestas foráneas. Parece claro que los historiadores españoles (y portugueses) hemos celebrado el triunfo creciente de la historiografía globalista como una *moda* que, además, sirve para reactivar el interés por los imperios de «España» y «Portugal» —más bien por separado—, festejados ahora como los «pioneros de la globalización»<sup>139</sup>. El riesgo de anteponer la identidad de los primeros globalizadores de los siglos XVI a XVIII a la propia globalización supone la vuelta al discurso nacionalista, precisamente uno de los blancos contra los que dispara la historia global. El peligro de una historia global «nacionalizada», por contradictoria que resulte esta expresión, está ahí y aún no ha sido conjurado. Su raíz, a diferencia de la «patriotic world history» con la que guarda relación, parece inconsciente, pero amenaza por igual los cimientos del edificio. Los historiadores españoles, portugueses y latinoamericanos en general somos, seguramente, los mejores candidatos a incurrir en esta desviación de los verdaderos objetivos de la historia global, pues nada ayudaría a un impecable desarrollo de la disciplina el (re)inicio de la contienda por demostrar qué país fue el primero en globalizar el mundo y cuál lo hizo mejor, o silenciar, de paso, la colaboración que de hecho hubo entre las distintas naciones durante este proceso, empezando por los mismos españoles y portugueses.

Si alguna ventaja tiene haber llegado más tarde que otros a la historia global es la de saber qué etapas y condicionantes habrá que superar casi inevitablemente. De entrada, el clásico fenómeno de la emigración de especialistas ya parece haberse producido, dado que aún es pronto para recoger los frutos de los primeros programas universitarios dirigidos a formar historiadores globalistas en España<sup>140</sup>. No es casual, pues, que los historiadores más interesados en la historia global procedan sobre todo del americanismo y del modernismo. El salto de escala se produce de forma casi natural entre quienes han investigado la carrera de Indias, después se adentran en la historia atlántica y a continuación en la global —al incluir a Asia. Lo mismo sucede con quienes han estudiado el poder español en Europa o América y luego se plantean sus ramificaciones transnacionales. El ambiente globalista de hoy hace el resto para impulsar esta tendencia. Quizás un caso aparte sea el de los especialistas en la época de la unión de coronas luso—española de 1580 a 1640, dada la enormidad planetaria que los Austrias lograron reunir entonces. Los interesados en este capítulo de la expansión ibérica hemos protagonizado episodios migratorios de este tipo, lo que nada tiene de extraño. El análisis de la unión y desunión de aquel conglomerado, aunque fragmentado y más bien tumultuoso como fue, supone una tentación para un enfoque mundialis-

---

<sup>139</sup> RODRIGUES, 2007.

<sup>140</sup> En el medio académico español solo destacan por ahora el «Máster en Historia del Mundo» de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona y el «Máster sobre la Monarquía de España, siglos XVI-XVIII», que incluye un curso titulado «La Monarquía como poder global», de la Universidad Autónoma de Madrid.

ta que sin duda puede ayudar a resolver viejos problemas tanto como a descubrir otros nuevos. Con emigración o sin ella, la mundialización de la historia de la Monarquía Hispánica es una exigencia que ya empieza a ser atendida.

La facilidad con que ciertamente se produce este salto de escala y la supuesta naturalidad con la que la unión hispano-portuguesa encaja en la historia global, preocupa a quienes ven en esta adaptación un pecado de anacronismo al señalar que lo ocurrido en los siglos modernos no guarda relación con la globalización actual. El problema ante todo es saber qué entendemos por globalización, pues si la definimos como la libre circulación de bienes, personas y capitales junto al ascenso de fuerzas que anulan el poder de los estados, convendríamos en que esta situación tampoco se da hoy de forma generalizada. El mundo global nuestro aún está lleno de barreras y de espacios no conectados, así como de gobiernos muy combativos con la globalización. En cambio, podemos adoptar una forma más flexible de comprender la globalización o, por lo menos, introducir la idea de una primera globalización a partir de la existencia de tres fenómenos tan singulares como la conexión geográfica, la interdependencia económica y el mestizaje cultural, todos ellos presentes de forma continua y experimentados conscientemente en el planeta solo desde el siglo XVI. Esto no obliga a creer que aquella primera fase de mundialización condujo a la de hoy de forma inexorable, lo que ayudaría a sortear —o a intentar sortear— el despeñadero de la teleología globalista. Conviene tener presente que lo que entonces conectó a toda la Tierra, lo que la hizo más dependiente y más mestiza, pudo haber concluido de un modo muy distinto a como lo conocemos hoy. Sorprende, por ejemplo, que mientras la globalización de hoy tiende a erosionar el poder de los estados, en la Edad Moderna los gobiernos que practicaron la mundialización más bien salieron fortalecidos, al menos hasta que su propio agrandamiento los devoró.

En la Edad Moderna se dieron estas tres condiciones necesarias para poder hablar de globalización. Y si a lo mejor es cierto que la conexión, la dependencia y el mestizaje de entonces *no eran* globalización, lo menos que debe decirse es que estos tres cambios producidos a escala mundial solo desde 1500 crearon una situación muy diferente a la vivida hasta entonces en nuestro planeta. La tríada conexión/dependencia/mestizaje parece ser la base sobre la que debería articularse la argumentación globalista. Naturalmente las ideas o conceptos de universalidad y cosmopolitismo eran mucho más antiguos, pero solo hallaron su plasmación geográfica completa cuando los seres humanos exploraron el mundo y lo unieron de manera consciente e irreversible. Ni la historia imperial, con su matriz de sesgo patriótico, ni la historia atlántica, inevitablemente escorada hacia occidente, son suficientes para explicar este fenómeno. Los estudios imperiales y el atlantismo alientan enfoques provechosos, pero no pueden entronizarse como sucedáneos de la historia global. Tampoco la historia transnacional, pues los fenómenos tipo *across national boundaries* no son necesariamente globales ni fruto de la globalización y miran a contextualizar el estado-nación más que a sobrepasarlo. Más aún, la cronología transnacional no puede retroceder sino hasta la

«emergencia legal» de esta entidad política<sup>141</sup>. A la historia global le interesa más el «estado-civilización» que el estado-nación. Estas precisiones aclaran también por qué no podemos llamar historia global a un estudio donde pesa más el contexto mundialista que la esencia de la globalización, por mucho que contextualicemos *globalmente*. Ni la comparación lo resuelve todo, en la medida en que si aislamos los elementos comparativos para solo contraponerlos pero sin conectarlos, el resultado será historia comparada, pero no historia global<sup>142</sup>.

En este sentido, la entrada del factor asiático en la historia global se ha convertido en una de sus señas de identidad, si no su clave. *Asiatizar* la historia del mundo y en particular la de occidente supone integrar zonas en vez de estados, compararlas y conectarlas. La *africanización* del discurso mundialista también habrá de producirse y no solo a través de la conexión esclavista. Pero, al menos para el caso de Asia, la provocadora obra de Andre Gunder Frank *Re-Orient* ha señalado un camino muy atrayente al jugar con un título de doble significado: redirigir la historiografía mundialista hacia el este para hacer verdadera historia mundial, y orientalizar el discurso globalista respecto de incluir la relación este-oeste en estadios muy anteriores a la llegada de los europeos a Asia. El objetivo de esta propuesta es hacer ver a los occidentales que el actual viraje del poder mundial hacia Asia no sería más que el retorno a una situación que fue la habitual históricamente antes del «breve» paréntesis de esplendor europeo y estadounidense. Lo relevante a efectos de la historiografía sobre la Edad Moderna radica en aplicar esta visión de una escala temporal grandiosa y asiaticada al momento del apogeo mundialista ibérico. Los historiadores de la monarquía *global* española tendremos que añadir más ingredientes asiáticos a nuestras investigaciones. No se trata de algo sencillo, sobre todo cuando ni siquiera aún hemos normalizado el diálogo euro-americano en los análisis de algunos temas que nunca deberían haberlo excluido. Pero la tarea de *asiatizar* las explicaciones sobre la presencia hispánica mundial no podrá esperar tanto tiempo como ha llevado la asunción de América en Europa, y viceversa. Por exótico que parezca, la dimensión Asia-Pacífico de la era hispánica fue, desde una perspectiva mundialista, lo que realmente dotó de sentido global al tiempo de los Austrias, algo en lo que han insistido ya algunos trabajos seminales<sup>143</sup>.

De hecho, esta es la principal razón por la cual la historiografía mundialista ha empezado a contemplar el ámbito español o ibérico. Los artículos aparecidos en revistas globalistas se han centrado en el problema de la plata transpacífica, con Filipinas como punto de conexión entre Euro-América y Asia, un aspecto que agrandó su impacto durante los años de la unión con Portugal<sup>144</sup>. La visión del

---

<sup>141</sup> TYRRELL (Cambridge, 2009), 454, 458/461 y 472. Más extensamente, BUDDÉ, CONRAD y JANZ, 2006.

<sup>142</sup> BARKEY, (París, 2007), 90/103, 101/103.

<sup>143</sup> F. SOLANO, F. RODAO y L. E. TOGORES, 1989; MARTÍNEZ SHAW y ALFONSO MOLA, 2003, y MARTÍNEZ SHAW y ALFONSO MOLA, 2007.

<sup>144</sup> O FLYNN, 1991, 332/359; O FLYNN (Manila, 1996), 52/68; O FLYNN (Getafe, 1996), 309/338; O FLYNN, 1999, pp. 23/37; O FLYNN y GIRÁLDEZ (Honolulu, 1995), 201/221; y VALLADARES, 2001.

Pacífico como un «lago español» ha obligado a saltar de una Monarquía Hispánica que gobernaba el Mediterráneo y el Atlántico a otra que gobernó el mundo, «ya mediante ocupación directa, ya con un control indirecto»<sup>145</sup>. ¿Resultaría demasiado extraño interpretar la expansión mundial española de los siglos modernos mediante una cronología ceñida a los hitos asiáticos en lugar de los referidos a América? Una argumentación de esta clase arrancararía con el inicio de la primera vuelta al mundo de Magallanes en 1519 y acabaría en 1815 con la última singladura del galeón de Manila. ¿Podemos sustituir una «España imperial», básicamente euro-americana y limitada, más o menos, a 1492 y 1821, por una «España global» que añadiera la dimensión asiática y se extendiera entre 1519 y 1815? La historia del eje hispanoamericano se deberá seguir haciendo pero no será —no es— historia global. El estudio de las migraciones mundiales en o en torno a la Monarquía Hispánica abunda en esta dirección y ya es otro de los terrenos de la historiografía globalista<sup>146</sup>. Por supuesto, también comienza a serlo el tráfico de esclavos —singularmente, el norteafricano— y la expansión misionera, en especial la de los jesuitas, cuyo archivo de Roma abarca una parte al menos de la historia de la Tierra desde el siglo XVI<sup>147</sup>. El caso de los moriscos, *a priori* una cuestión «interna», también ha mostrado su potencial conectivo<sup>148</sup>. El giro global reduce su posible carga oportunista cuando arroja nueva luz sobre problemas o métodos ya conocidos. A este respecto, los historiadores de la ciencia españoles han sido pioneros en relación a sus compatriotas de otros campos<sup>149</sup>. En esta misma línea, también ha sido más innovador el americanismo que el modernismo propiamente dicho, como prueban las obras del francés Serge Gruzinski y del panameño Alfredo Castillero<sup>150</sup>. Y hay más casos, si bien más recientes, de estudios sobre exploraciones y de historia atlántica que pugnan por globalizarse<sup>151</sup>. Los modelos aumentan y se flexibilizan: podemos escoger un solo año para globalizarlo, dimensionar la biografía —quién lo habría imaginado— a escala global y, por supuesto, introducir el género<sup>152</sup>. ¿Estamos preparados para algo así? Deberíamos, pues los ejemplos citados ya han ofrecido pautas suficientes para investigar procesos mundiales de ida y vuelta en los que, al fin, las categorías de colonizador y colonizado se muestran intercambiables.

\* \* \*

<sup>145</sup> GANCI y ROMANO, 1991, 5/6.

<sup>146</sup> BHATTACHARYA, (Cambridge, 2008), 1/20, y AGUILAR, (Cambridge, 2012), 364/388.

<sup>147</sup> MARTÍNEZ TORRES, 2010; CLOSSEY, (Cambridge, 2006), 41/58; STRASSER (Cambridge, 2007), 23/40.

<sup>148</sup> JÓNSSON (Cambridge, 2007), 195/212.

<sup>149</sup> LAFUENTE, ELENA y ORTEGA, 1993.

<sup>150</sup> GRUZINSKI, 2004 [hay traducción española: 2011], y CASTILLERO CALVO, 2004; CASTILLERO CALVO, 2008; CASTILLERO CALVO, 2010.

<sup>151</sup> FERNÁNDEZ-ARRESTO, 2006 [hay traducción española: 2006], y CAÑIZARES-ESGUERRA, 2007.

<sup>152</sup> WRIGHT, 1997; y WILLS, 2001 [hay traducción española: 2002]; COLLEY, 2007; y sobre la expansión de los estudios de género en la historia global, BLOM, 2000, 71/86.

La historia mundial y su epílogo, la historia global, han recorrido un largo camino en los últimos cien años que no debería haber sido en vano. Su semilla y las primeras raíces fueron en gran parte alemanas; incluso la hoy llamada «big history» tuvo un precedente germano<sup>153</sup>. Pero fue en los años de entreguerras cuando la idea de crear una historiografía globalista se expandió a otros países bajo el internacionalismo, el comparatismo y el debate sobre la síntesis. Los Congresos de Ciencias Históricas fueron uno de los puntos de encuentro de aquellos debates, tal vez el principal, y la prueba de que esta historiografía no ha obedecido a un nuevo «giro» más o menos *à la mode* sino a una tendencia llegada desde muy lejos<sup>154</sup>. En todo este proceso los ámbitos hispánico e ibérico estuvieron prácticamente ausentes por motivos obvios. Hoy, sin embargo, vale la pena incorporarse a una corriente mundialista que en Europa ha vuelto a dar señales de una vitalidad extraordinaria. No hay mejor prueba de ello que el resurgir (o transformación) del venerado instituto fundado hace más de un siglo por Lamprecht bajo el nombre de *Global and European Studies Institute* (GESI), en la Universidad de Leipzig. Su revista *Comparativ*, fundada en 1991, es hoy el principal medio difusor de la *European Network in Universal and Global History* (ENIUGH), creada en 2002 y que ya ha celebrado varios congresos desde el primero de Leipzig en 2005. Esta tendencia se reforzó en 2006 con la aparición del *Journal of Global History* en el Reino Unido, revista dependiente de la *London School of Economics and Political Sciences* aunque editada por la Universidad de Cambridge. Anterior a estas dos publicaciones, la holandesa *Itinerario* ha realizado desde su nacimiento en 1977 una ejemplar transición desde una historia más o menos «imperial» a otra ciertamente global, como reza su subtítulo: *International Journal on the History of European Expansion and Global Interaction*. Cada una de estas empresas posee un matiz propio, consecuencia del mayor peso de historiadores generalistas en *Comparativ* e *Itinerario* y de historiadores de la economía en *Journal of Global History*. La apuesta europea busca competir seriamente con el mundialismo procedente de los Estados Unidos, con el resultado de que también la historia global se ha globalizado: a la creación en 2008 de la *Asian Association of World Historians* (AAWH), siguió en 2009 la *African Network of Global History* (ANGH) y, en 2010, la *Network of Global and World History Organizations* (NOGWHISTO), culminación de una red de redes. Por su «manera creativa y heurística de interrogar el pasado» y por su originalidad en el planteamiento de las cuestiones más que en el modo de resolverlas, «la gran virtud de la historia global —ha concluido Giorgio Riello— es la de hacer explotar (más que de implosionar) nuestras preguntas»<sup>155</sup>.

Aunque Alemania y España han padecido sendos destrozos científicos en una coyuntura similar, sin embargo la antigua excelencia universitaria germana y su

---

<sup>153</sup> PFLUGK-HARTTUNG, 1907-1910, explica la historia geológica de la Tierra antes de empezar con la historia de la humanidad. BERGENTHUM, 2010, 64.

<sup>154</sup> SACHSENMAIER, 2011, 1/2.

<sup>155</sup> «La grande vertu de l'histoire globale, c'est de faire explorer (plutôt qu'imploser) nos questionnements». RIELLO (París, 2007), 23/33, 26.

potente tradición comparatista y mundialista explican que su ritmo de recuperación sea tan intenso mientras el español resulte tan lento y balbuciente. Desde luego, el *eslabón perdido* alemán de la historiografía española podemos y debemos recordarlo, pero es cosa del pasado. Por aquella vía llegó a España lo principal del influjo renovador de la historiografía, en este caso de la mundialista; también desde Francia, como prueba el ejemplo de José Deleito y Piñuela (1879-1957), que en 1925 ingresó como «miembro titular» en el Centro Internacional de Síntesis que Berr dirigía en París<sup>156</sup>. Nunca sabremos qué habría dado de sí aquel vínculo, pues Deleito —como tantos otros— fue expulsado de la universidad tras la Guerra Civil.

Sin embargo, ya no hay excusas para que España esquive la historiografía mundialista, máxime cuando la historia global se entiende hoy como la suma de las diferentes experiencias universalizadoras de cada fuerza local, regional, nacional o imperial. España reunió un poco de todo esto en la Edad Moderna. Sin duda, es más fácil hablar de historia mundial que escribirla. Pero los instrumentos para construirla ya están claramente definidos. La historia global se basa en tres principios —la conexión, la interacción y el mestizaje—, un método —el comparatismo— y una técnica —la síntesis. También disponemos de los materiales, pues la renuencia académica española a ejercitar el enfoque globalista choca con la relativa naturalidad con que los españoles y portugueses del pasado comprendieron que el mundo había alterado su tamaño. En la correspondencia, en las obras de historia y geografía, en los libros de viajes y de filosofía natural, en la literatura y en la pintura, en las fiestas y en el arte efímero, abundaron las menciones e imágenes explícitas del mundo y de sus «cuatro partes» y se hablaba como si nada de la Tierra, del orbe y de sus hemisferios. Aunque bajo Carlos V todo esto era ya habitual, la apoteosis llegó cuando su hijo ciñó juntas las coronas de Portugal y España. En 1581 Felipe II fue recibido en Lisboa bajo un arco triunfal cuyo mote, *Universi Globus*, fue traducido como «Globo del Mundo», en alusión a la universalidad del dominio hispano<sup>157</sup>. En 1618 Lope de Vega presumía de que «el mundo se puede andar por tierra de Felipe»<sup>158</sup>. Los jesuitas, muy particularmente, promovieron un catolicismo triunfal ligado a la expansión planetaria de la orden, hasta el punto de llenar sus libros e iglesias con la imagen de san Ignacio en medio de los cuatro continentes y el lema, nada modesto, *Unus non sufficit Orbis* —«Un mundo no es suficiente»—<sup>159</sup>. Los europeos no peninsulares contribuyeron también a esta visión de España. Hacia 1610, el mercader florentino Francesco Carletti reconocía en sus *Razonamientos de mi viaje alrededor del mundo* que la vuelta al globo era algo «acaso nunca antes conocido como ahora se da por el valor y virtud de estas dos coronas de Castilla y Portugal, que han mostrado el camino; ésta navegando hacia oriente ha llegado hasta la China y Japón, la otra

<sup>156</sup> SOLANAS, 2005, 306.

<sup>157</sup> VELÁZQUEZ, 1583, 127.

<sup>158</sup> VEGA, 1618, 151/176, 155.

<sup>159</sup> ALCALÁ, 2002, 40/41 y 128.

hacia occidente ha llegado a estas islas Filipinas. Juntamente —culminaba— estas dos coronas han venido a hacer un cerco a todo el mundo, lo que es ciertamente cosa digna de ser exaltada, pues por su lengua y sus navegaciones puede cada cual emprender tan magnífica empresa y, en menos de cuatro años, dar la vuelta a todo el universo tanto por el camino de las Indias Orientales como por las de Occidente»<sup>160</sup>. En 1704 el impresor flamenco Verdussen se refirió a Felipe V como el «nuevo Sol» cuyos rayos alumbraban «el Católico Hemisferio de tan dilatada Monarquía» —la española, por supuesto<sup>161</sup>. Por tanto, al menos una parte de la cultura textual y visual hispánica y europea de los siglos XVI a XVIII recreó sin pausa imágenes como estas, e incluso se levantaron mapas del mundo que jugaron a situar en su centro a aquel poder que más conviniera. Por conocido que sea, conviene recordar aquí el célebre mapa del mundo que la misión jesuita llegada a Pekín en 1600 imprimió para presumir ante los mandarines de la Ciudad Prohibida del saber cartográfico de los occidentales. En aquella representación, los jesuitas tuvieron la habilidad de situar en el centro a Asia y, por ende, a China, lo que satisfizo la percepción de sus anfitriones como «imperio del centro» —*Zhongguo*. Pero el desplazamiento de Europa-África hacia un lado del mapa y de América hacia el otro no impidió a los chinos tomar conciencia de que su centralidad había sido, todo lo más, una cortesía de los ignacianos: cualquiera podía volver a girar los continentes y arrogarse el protagonismo en un planeta que, de hecho, ya no tenía ningún centro. «Declarámosles —dejó escrito el jesuita español Diego de Pantoja— cómo el mundo era grande, a quien ellos tenían por tan pequeño que en todo él no imaginaban había otro tanto como su reino; y mirábanse unos a otros, diciendo: *No somos tan grandes como imaginábamos, pues aquí nos muestran que nuestro reino, comparado con el mundo, es como un grano de arroz comparado con un montón grande*»<sup>162</sup>.

Aunque al servicio de una cultura católica y dinástica, la familiaridad de los súbditos de España y Portugal con el concepto de *globo* —como espacio de dominación, pero también de intercambio universal—, resultó un hecho palpable cuyo análisis y lectura trasciende los límites de *imperio* y de *Atlántico*. Seguramente el término *monarquía* sea todavía el más idóneo para capturar la esencia de aquella conexión mundial que corrió a cargo de unos determinados occidentales *católicos*, no importa ahora quiénes. Muchos otros europeos inhalaban también aquel aire mundialista para instalarse en él. En todo caso, no hay que temer que la historia de la Monarquía Hispánica *mengüe* ante este otro mapamundi de la historia global aquí esbozado. Tanto en el plano temporal como en el conceptual, la comparación de los aspectos hasta hoy considerados más *españoles* con los de

---

<sup>160</sup> CARLETTI, 1976, 108. Carletti realizó su periplo entre 1591 y 1606; la obra la redactó entre 1610 y 1616.

<sup>161</sup> VERDUSSEN, dedicatoria a Felipe V, en CASTILLO DE BOVADILLA, 1704, sin paginar.

<sup>162</sup> PANTOJA, 1605, 43v-44 (la carta está fechada en Pekín el 9 de marzo de 1602). Hay una edición actual a cargo de MONCÓ, 2011, y un estudio, más detallado, sobre el jesuita, KAI, 1997. También, VALLADARES, 2007, 97/112.

otras expansiones coetáneas ofrecerá para el primer caso una experiencia menos llamativa o impactante y, sin duda, también menos *nacional* y más *local*. Es lógico y hasta deseable que sea así; a fin de cuentas, «España es un constructor de imperios retirado de los negocios», y esta lejanía temporal de seguro animará a despejar otras incógnitas<sup>163</sup>. El cambio de escala, que siempre opera a favor de nuevos hallazgos, removerá en nosotros la misma inquietud que experimentaron los mandarines de la Ciudad Prohibida al percatarse consternados de que el mundo ya no tenía un solo centro, sino muchos. Tampoco nosotros somos tan grandes como imaginábamos. Si, al parecer, fue en el siglo XIX cuando los españoles comenzaron a ser únicamente españoles, entonces podemos redescubrir una Edad Moderna mundializada llena de posibilidades historiográficas. No se trata de escribir una historia global española, ni tampoco la de una supuesta *hispanoglobalización*, sino de hacer historia global desde la Monarquía Hispánica. Sobre esta premisa podemos abrir nuevos caminos y contribuir a una historia mundial seguramente más fiel a su nombre.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABU-LUGHOD, Janet L., *Before European hegemony. The world system, A. D. 1250-1350*, Nueva York, Oxford University Press, 1989.
- Reseña a la obra de Andre Gunder Frank *Re-Orient*, en *Journal of World History*, 11 (Honolulu, 2000): 113.
- ADELMAN, Jeremy., «Latin American and World Histories: Old and New Approaches to the Pluribus and the Unum», *Hispanic American Historical Review*, 84 (Trinity, 2004): 399/430.
- AGUILAR MUÑOZ, Manuel., *Una experiencia editorial*, Madrid, Aguilar, 1963.
- AGUILAR, Filomeno V., «Manilamen and seafaring: engaging the maritime world beyond the Spanish realm», *Journal of Global History*, 7-3 (Cambridge, 2012): 364/388.
- ALCALÁ, Luisa Elena., *Fundaciones jesuíticas en Iberoamérica*, Madrid, El Viso, 2002.
- ALLARDYCE, Gilbert, «Towards World History: American Historians and the Coming of the World History Course», *Journal of World History*, 1 (Honolulu, 1990): 23/76.
- ALONSO NÚÑEZ, José Miguel, *El concepto de Historia Universal en el pensamiento contemporáneo. Indagaciones sobre la historiografía universal en el siglo XX*, Madrid, Ediciones del Orto, 1994.
- ALTAMIRA, Rafael, *Ideario Pedagógico*, Madrid, Editorial Reus, 1923.
- «Introducción», en *La enseñanza de la Historia en las escuelas*, Madrid, Museo Pedagógico Nacional, 1934, pp. 7-8.
- *Proceso histórico de la historiografía humana*, México, El Colegio de México, 2011 [1948].
- ALVAR, M. F., *La gran obra internacional de la Sociedad de Naciones*, Madrid, J. M. Yagües, 1936.
- ARMITAGE, David, «Tres conceptos de historia atlántica», *Revista de Occidente*, 281 (Madrid, 2004): 7/28.
- Atti del Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, 12 vols., Roma, Accademia dei Lincei, 1904.
- AYMARD, Maurice., «Histoire et comparaison», en *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée des sciences sociales*, París, EHESS, 1990: 271/278.
- AZAÑA, Manuel *Diarios completos* (Santos Juliá ed.), Barcelona, Crítica, 2000.

<sup>163</sup> MADARIAGA, 1974, 55/56.

- BAILY, Bernard., «Braudel's Geohistory-A Reconsideration», *The Journal of Economic History*, 11 (Cambridge, 1951): 277/282.
- *Atlantic History. Concept and Contours*, Cambridge, Harvard University Press, 2005.
- BALLESTEROS BERETTA, *Historia de España y su influencia en la historia universal*, Barcelona, Salvat, 1953-1956, 11 vols.
- BARKEY, Karen «Trajectoires impériales: histoires connectées ou études comparées?», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 54-4bis (Paris, 2007): 90-103 y 101-103.
- BARRACLOUGH, Geoffrey, *Tendances actuelles de l'histoire*, Paris, Flammarion, 1980.
- BARROS, Carlos (ed.), *Historia a Debate*, A Coruña, Historia a Debate, 2000, 3 vols.
- *Historia a Debate*, A Coruña, Historia a Debate, 2009, 3 vols.
- BAYLY, Christopher A., *The birth of the modern world, 1780-1914: global connections and comparisons*, Oxford, Blackwell, 2004.
- BEAUD, Michel, DOLFUS Olivier et alii, *Mondialisation. Les mots et les choses*, Paris, Karthala, 1999.
- BENTLEY, Jerry H., «Myths, Wagers, and Some Moral Implications of World History», *Journal of World History*, 16 (Honolulu, 2005): 51/82.
- BERGENTHUM, Hartmut «Understanding the World around 1900: Popular Universal Histories in Germany», en Sylvia PALETSCHEK (ed.), *Popular Historiographies in the 19th and 20th Centuries*, Oxford, Berghahn, 2010: 54-70.
- BERGER, Stefan *The search for normality. National Identity and Historical Consciousness in Germany since 1800*, Nueva York-Oxford, Berghahn Books, 2003: 37-43.
- BERR, Henri, «Sur notre programme», *Revue de Synthèse historique*, 1 (Paris, 1900), 1/8.
- «Synthèse», *VIIe Congrès International des Sciences Historiques*, Varsovia, 1933.
- BHATTACHARYA, Bhaswati, «Making money at the blessed placed of Manila: Amenians in the Madras-Manila trade in the eighteenth century», *Journal of Global History*, 3-1 (Cambridge, 2008): 1-20.
- BIARD, Agnes BOUREL Dominique y BRIAN Eric (eds.), *Henri Berr et la culture du XXe siècle*, Paris, Albin Michel-Centre International de Synthèse, 1997.
- BLOCH, Marc «Pour une histoire comparée des sociétés européennes», *Revue de Synthèse Historique*, 46 (1928): 15-50.
- BLOM, Ida «Gender as an Analytical Tool in Global History», en Sølvi SOGNER (ed.), *Making Sense of Global History: The 19th International Congress of the historical Sciences* (Oslo): 71-86.
- BOSCH-GIMPERA, Pere VALLS TABERNER Ferran y REVENTÓS BORDOY Manuel (eds.), *Historia Universal. Novísimo estudio de la humanidad*, Barcelona, Instituto Gallach de Librería y Ediciones, 1932-1937, 6 vols., 1, *Prólogo*, pp. 1-22, pp. 7, 17-18 y 22 (fechado en Barcelona, febrero de 1931).
- BRIGHT Charles y GEYER, Michael «Weltgeschichte als Globalgeschichte: Überlegungen zur einer Geschichte des 20. Jahrhunderts», *Comparativ*, 4-5 (Leipzig, 1994): 13/45.
- BUDDE, Gunilla CONRAD Sebastian y JANZ, Oliver *Transnationale Geschichte. Themen, Tendenzen und Theorien*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2006.
- BURKE, Edmund, «Islam and World History: The Contribution of Marshall Hodgson», *Radical History Review*, 39 (Nueva York, 1987): 117/123.
- CAÑIZARES-ESGUERRA, Jorge *The Atlantic in global history, 1500-2000*, Upper Saddle River, Pearson Prentice Hall, 2007.
- CANNY, Nicholas, «Atlantic History and Global History», en Jack P. Greene y Philip D. Morgan (eds.), *Atlantic History. A Critical Appraisal*, Oxford, Oxford University Press, 2009: 317/336.
- CANTÙ, Cesare *Historia Universal*, Madrid, Editorial Mellado, 1848-1850 (19 vols.), con reediciones en 1870 y 1889.
- CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo *La España armónica. El proyecto del krausismo español para una sociedad en conflicto*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.

- CARANDE, Ramón «Recuerdos de la Alemania guillermina», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 465 (Madrid, 1989): 7/24.
- CARLETTI, Francesco *Razonamientos de mi viaje alrededor del mundo*, Francisca Perujo (ed.), México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1976.
- CARRERAS ARES, Juan José, «Altamira y la historiografía europea», en *Razón de Historia. Estudios de historiografía*, Madrid, Marcial Pons, 2000: 152-175.
- CASARES, Julio *Conferencia del sr. D. Julio Casares sobre cooperación intelectual*, Madrid, Magisterio Español, 1928.
- CASARES, Julio, *Diccionario ideológico de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1942.
- CASTAÑO RODRÍGUEZ, Paola Andrea, *La construcción de un campo de conocimiento: la Historia Mundial*, Bogotá, Uniandes, 2005.
- CASTELLANO, Philippe, «El Casares. Historia de un diccionario, 1915-1942», *Cultura Escrita & Sociedad*, 10 (Alcalá de Henares, 2010): 177/205.
- CASTILLERO CALVO Alfredo *Cultura alimentaria y globalización. Panamá, siglos XVI a XXI*, Panamá, Novo Art, 2010.
- *Los metales preciosos y la primera globalización*, Panamá, Banco Nacional de Panamá, 2008.
- *Las rutas de la plata. La primera globalización*, Madrid, Ediciones San Marcos, 2004.
- CÉSPEDES Y MENESES, Gonzalo de, *Historia de Don Felipe IV*, Barcelona, 1634.
- CHAKRABARTY, Dipesh, *Provincializing Europe. Postcolonial Thought and Historical Difference*, Princeton, Princeton University Press, 1990.
- CHAUDHURI, Khirti N., *Asia before Europe. Economy and civilisation of the Indian Ocean from rise of Islam to 1750*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990.
- CHICKERING, Roger., *Karl Lamprecht. A German Academic Lige (1856-1915)*, Brill, Humanities Press International, 1993.
- CHRISTIAN, David., «review» al libro de Peter N. Stearns: *Globalization in world history*, Londres—Nueva York, Routledge, 2010, in *Journal of Global History*, 5-3 (2010): 522-523.
- «The Case for Big History», *Journal of World History*, 2 (Honolulu, 1991): 223/238.
- CLOSSEY, Luke., «Merchant, migrants, missionaries, and globalization in the early-modern Pacific», *Journal of Global History*, 1-1 (Cambridge, 2006): 41/58.
- COCLANIS, Peter., «Drag Nach Osten: Bernard Bailyn, the World-Island, and the Idea of Atlantic History», *Journal of World History*, 13 (Honolulu, 2002): 169/182.
- COLLEY, Linda *The Ordeal of Elisabeth Marsh: A Woman in World History*, Londres, Harpers Press, 2007.
- Congrès International d'Histoire Comparée*, París, Colins, 1901.
- CURTIN, Philip D. *Cross-cultural trade in world history*, Cambridge-Nueva York, Cambridge University Press, 1984.
- DE LA HERA MARTÍNEZ, Jesús *La política cultural de Alemania en España en el período de entreguerras*, Madrid, CSIC, 2005.
- DIRLIK, Arif, «Confounding Metaphors, Inventions of the Word: What is World History For?», en Stuchtey y Fuchs, *Writing World History*, Oxford, Oxford University Press: 2003, 91/133.
- «The Asia-Pacific Idea: Reality and Representation in the Invention of a Regional Structure», *Journal of World History*, 3 (Honolulu, 1992): 55/79.
- ELLIOTT, John H. *En búsqueda de la historia atlántica*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2001.
- «La historia comparada», en *España en Europa. Estudios de historia comparada*, Valencia, Universitat de València, 2002: 267/286.
- *En búsqueda de la historia atlántica*, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria, 2001.
- ELPHICK Richard H. y VANN Richard T. (eds.), *World History. Ideologies, Structures, and Identities*, Malden, Blackwell Publishers Inc., 1998.

- ERDMANN, Karl Dietrich., *Toward a Global Community of Historians. The International Historical Congresses and the International Committee of Historical Sciences, 1898-2000*, Nueva York, Berghahn Books, 2005.
- ESPADAS BURGOS, Manuel, *Un lugar de encuentro de historiadores. España y los Congresos Internacionales de Ciencias Históricas*, Madrid, Comité Español de Ciencias Históricas, 2012.
- FERNÁNDEZ ALBALADEJO, Pablo, «Imperio e identidad: consideraciones historiográficas sobre el momento imperial español», *Semata. Ciências Sociais e Humanidades*, 23 (Santiago de Compostela, 2011): 131/148.
- FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe *Pathfinders: a global history of explorations*, Oxford, Oxford University Press, 2006 [hay traducción española: *Los conquistadores del horizonte. Una historia mundial de la exploración*, Barcelona, Destino, 2006].
- FERRATER MORA José (1912-1991), *Cuatro visiones de la historia universal (San Agustín, Voltaire, Vico y Hegel)*, Buenos Aires, Losada, 1945.
- FICHTE, Johan Gottlieb., *Discursos a la Nación alemana. Regeneración y educación de la Alemania moderna* (traducción y prólogo a cargo de Rafael Altamira), Madrid, La España Moderna, 1900.
- FLING, Fred Morrow., «Historical Synthesis», *The American Historical Review*, 9 (Bloomington, 1903): 1/22.
- «Historical Synthesis», *VIIe Congrès International des Sciences Historiques. Résumés des communications présentées au Congrès*, 2, Varsovia, 1933, 168/170.
- «The problem of the world history», en *VIIe Congrès International des Sciences Historiques. Résumés des communications présentées au congrès*, Oslo, 1928, 360/361.
- *The writing of History. An introduction to historical method*, New Haven, Yale University Press, 1920.
- FLYNN, Dennis O., «Comparing the Tokugawa Shogunate with Habsburg Spain: Two Silver-Based Empires in a Global Setting», en James TRACY (ed.), *The Political Economy of Merchant Empires*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991, pp. 332-359.
- «Silk for Silver: Manila-Macao Trade in the Early Modern Period», *Philippine Studies*, 44 (Manila, 1996): 52/68.
- «China and the Spanish Empire», *Revista de Historia Económica*, 2 (Getafe, 1996): 309/338.
- «Spanish Profitability in the Pacific: the Philippines in the Sixteenth and Seventeenth centuries», en Dennis O. Flynn, Lionel Frost y A. J. H. Latham (eds.), *Pacific Centuries: Pacific and Pacific Rim History since the Sixteenth Century*, Londres, Routledge, 1999: 23-37.
- FLYNN, Dennis O., y GIRÁLDEZ Arturo., «Born with a «Silver Spoon»: The Origin of World Trade in 1571», *Journal of World History*, 6-2 (Honolulu, 1995): 201-221.
- FRANK, Andre Gunder, *World accumulation, 1492-1789*, Nueva York, Monthly Review, 1978.
- FUSI AIZPURÚA, Juan Pablo., «Mundo global: historia global», en Jesús A. Martínez Martín, Eduardo González Calleja, Sandra Souto Kustrín y Juan Andrés Blanco Rodríguez (eds.), *El valor de la historia. Homenaje al profesor Julio Aróstegui*, Madrid, Editorial Complutense, 2009: 149/155.
- GAMES, Alison, «Atlantic History: Definitions, Challenges, and Opportunities», *The American Historical Review*, 111 (Bloomington, 2006): 741/757.
- GANCI Massimo y ROMANO Ruggiero (eds.), *Governare il mondo. L'impero spagnolo dal XV al XIX secolo*, Palermo, Società Siciliana per la Storia Patria, 1991.
- GANN, Geoffrey *First Globalization: The Eurasian Exchange, 1500-1800*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2003.
- GARCÍA GIRÓN, Elisa Isabel *Julio Casares Sánchez. Biografía social, cultural y política de un hombre público*, Granada, Editorial de la Universidad de Granada, 2005.
- GARCÍA MORENTE, Manuel *Ideas para una filosofía de la historia de España*, Madrid, Universidad de Madrid, 1943.

- *Obras completas*, Madrid, Fundación Caja de Madrid-Anthropos, 1996, 2 tomos (4 vols.).
- GARCÍA VILLADA, Zacarías, *El destino de España en la historia universal*, Madrid, Cultura Española, 1940.
- *Metodología y crítica históricas*, Barcelona, Sucesores de Juan Gil, 1921.
- GEYER, Michael y BRIGHT, Charles, «For a Unified History of the World in the Twentieth Century», *Radical History Review*, 39 (Nueva York, 1987): 69/91.
- «World History in a Global Age», *The American Historical Review*, 100 (Bloomington, 1995): 1034/1060.
- GOETZ, Walter (dir.), *Historia Universal. Desarrollo de la humanidad en la sociedad y el estado, en la economía y la vida espiritual*, Madrid, Espasa-Calpe, 1931-1936, 11 vols. [Berlín, 1929-1933]
- GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro C. *La tradición bloqueada. Tres ideas políticas en España: el primer Ramiro de Maeztu, Charles Maurras y Carl Schmitt*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002.
- GOTTSCALK, Louis, «Projects and Concepts of World History in the Twentieth Century», *XIIe Congrès International des Sciences Historiques. Rapports*, 4, Viena, 1965: 5/19.
- GRANDNER, Margarete ROTHERMUND Dietmar y SCHWENTKER Wolfgang (eds.), *Globalisierung und Globalgeschichte*, Viena, Verlagsanstalt, 2005: 60-82.
- GREEN, William A., «Periodization in European and World History», *Journal of World History*, 3 (Honolulu, 1992): 13/53.
- GRUZINSKI, Serge, *Les quatre parties du monde. Histoire d'une mondialisation*, París, La Martinière, 2004 [hay traducción española: *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011].
- HANNICK, Jean-Marie, «Breve histoire de l'histoire comparée», en Guy Jucquois y Christophe Vielle, *Le comparatisme dans les sciences de l'homme*, Bruselas, De Boeck, 2000: 301/327.
- HARBSMEIER, Michael., «World Histories Before Domestication. The Writing of Universal Histories, Histories of Mankind and World Histories in Late Eighteenth Century Germany», *Culture and History*, 5 (Copenhague, 989): 93-131.
- HENDRYCJ Jr., Charles W., «The Ethics of World History», *Journal of World History*, 16 (Honolulu, 2005): 33/49.
- HIMMELFARB, Gertrude *The New History and the Old. Critical Essays and Reappraisals*, Cambridge, Mass.-Londres, The Belknap Press of Harvard University Press, 1987.
- Histoire de l'Humanité*, París, UNESCO, 6 vols. (1963-1968); prefacio e introducción de René Maheu y Paulo E. de Berrêdo Carneiro.
- HODGSON, Marshall G. S. *The venture of Islam. Conscience and history in a world civilization*, 3 vols., Chicago, Chicago University Press, 1977.
- HOLSTEIN, Diego, «La nueva historia mundial en sus variedades», en Carlos Barros, *Historia A Debate*, 3, A Coruña, Historia A Debate, 2010: 131/143.
- HOPKINS, Antony G. (ed.), *Globalization in Word History*, Nueva York, Norton, 2002.
- «Globalization: An Agenda for Historians», en Antony G. Hopkins (ed.), *Globalization in Word History*, Nueva York, Norton, 2002 b, 1/11.
- IBARRA RODRÍGUEZ, Eduardo., (dir.), *Historia Universal*, Barcelona, Juan Gili, 1921-1929, 6 vols.
- INIKORI, Joseph E., «Africa and the globalization process: western Africa, 1450-1850», *Journal of Global History*, 2-1 (Cambridge, 2007): 63-86.
- JØLSTAD Anders y LUNDE Marianne (eds.), *Proceedings Actes. 19th International Congress of Historical Sciences*, Oslo, Joh. Nordahls Trykkery, 2000.
- JÓNSSON, Már, «The expulsión of the Moriscos from Spain in 1609-1614: the destruction of an Islamic periphery», *Journal of Global History*, 2-2 (Cambridge, 2007): 195-212.
- KAI, Zhang *Diego de Pantoja y China. Un estudio sobre la «Política de Adaptación» de la Compañía de Jesús*, Pekín, Editorial de la Biblioteca de Beijing, 1997.

- KORHONEN, Pekka., «The Pacific Age in World History», *Journal of World History*, 7 (Honolulu, 1996): 41/70.
- KORZON, Taddeo, «Définition de l'histoire générale», en *Atti del Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, 3, Roma, Loescher, 1906: 587/597.
- KOSSOK, Manfred, «From Universal History to Global History», en Bruce Mazlish y Ralph Buultjens (eds.), *Conceptualizing Global History*, Boulder, Westview Press, 1993: 93/111.
- LAFUENTE, Antonio, ELENA, Alberto, y ORTEGA, M. L. (eds.), *Mundialización de la ciencia y cultura nacional. Actas del congreso internacional «Ciencia, descubrimiento y mundo colonial»*, Madrid, Doce Calles, 1993.
- LAPESA, Rafael, «Don Julio Casares 1877-1964», *Boletín de la Real Academia Española*, 44 (Madrid, 1964): 213/222.
- LAURENT, François *Historia de la humanidad*, Madrid, Viuda de Rodríguez, 1879-1880, 5 vols.
- LAVISSE, Ernest *Historia Universal*, Madrid, Ediciones La Lectura, 1916.
- LÁZARO, Alberto H. G. *Wells en España: Estudio de los expedientes de censura (1939-1978)*, Madrid, Verbum, 2004.
- LOPE DE VEGA, Félix, *La octava maravilla*, en *Décima parte de las comedias de Lope de Vega*, Barcelona, 1618: 151/176.
- MADARIAGA, Salvador de., *Memorias (1921-1936)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1974
- MAKDISI, Ussama., «The Great Illusion: The Wilsonian Moment in World History», *Diplomatic History*, 33-1 (Oxford, 2009), pp. 133-137.
- MANELA, Erez., *The Wilsonian Moment. Self-Determination and the International Origins of Anti-colonial Nationalism*, Oxford, Oxford University Press, 2007.
- MANNING, Patrick, *Navigating World History. Historians create a global past*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2003.
- MARTÍNEZ SHAW Carlos y ALFONSO MOLA, Marina, *La ruta española a China*, Madrid, El Viso, 2007.
- *Oriente en Palacio. Tesoros artísticos en las colecciones reales españolas*, Madrid, Patrimonio Nacional, 2003.
- MARTÍNEZ TORRES José Antonio, *Esclavos, Imperios, Globalización (1555-1778)*, Madrid, CSIC, 2010.
- MAUREL, Chloé, *Histoire de l'UNESCO. Les trente premières années. 1945-1974*, París, L'Harmattan, 2010.
- MAZLISH Bruce y BUULTJENS Ralph (eds.), *Conceptualizing Global History*, Boulder, Westview Press, 1993.
- *Conceptualizing Global History*, Boulder, Westview Press, 1993.
- MAZLISH, Bruce, «Comparing Global History to World History», *Journal of Interdisciplinary History*, 28/3 (Cambridge, 1998): 385/395.
- «La historia se hace Historia: la Historia Mundial y la Nueva Historia Global», *Memoria y Civilización*, 4 (Pamplona, 2001): 5/17.
- McDOUGAL, Walter A., «*Mais ce n'est pas d'histoire*. Some thought on Toynbee, McNeill, and the Rest of Us», *Journal of Modern History*, 58 (Chicago, 1986): 19/42.
- McNEILL, William H., «A Defence of World History», en *Mythistory and Other Essays*, Chicago, The University of Chicago Press, 1986: 71/95.
- *The Rise of the West. A history of the human community*, Chicago, University of Chicago Press, 1963.
- «Mythistory, or Truth, History, and Historians», *The American Historical Review*, 91 (Bloomington, 1986): 1/10.
- *The Rise of the West. A history of the human community*, Chicago, University of Chicago Press, 1963.

- MIDDELL Matthias y NAUMANN, Katja «Global history and the spatial turn: from the impact of area studies to the study of critical junctures of globalization», *Journal of Global History*, 5 (Cambridge, 2010): 149-170 y 160-161.
- MIDDELL, Matthias «World Orders in World Histories before and after World War I», en Sebastian CONRAD y Dominic SACHSENMAIER (eds.), *Competing Visions of World Order. Global Moments and Movements, 1890s-1930s*, Gordonsville, Palgrave Macmillan, 2007
- «Kulturtransfer und Historische Komparatistik-These zu ihrem Verhältnis», *Comparativ*, 10-1 (Leipzig, 2000): 7-41.
- *Weltgeschichtsschreibung im Zeitalter der Verfälschung. Das Leipziger Institut für Kultur— und Universalgeschichte 1890-1990*, 2 vols., Leipzig, Akademische Verlagsanstalt, 2005.
- «Universalgeschichte, Weltgeschichte, Globalgeschichte, Geschichte der Globalisierung —Ein Streit um Worte—», en Gradner, Rothermund y Schwentker (eds.), *Globalisierung und Globalgeschichte*, Viena, Mandelbaum, 2005: 60/82.
- MIGNOLO, Walter D. *Global histories/Local Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking*, Princeton, Princeton University Press, 2000.
- MONKKONEN, Eric, «The Dangers of Synthesis», *The American Historical Review*, 91 (Bloomington, 1986): 1146/1157.
- MORENTE, Manuel G «Una nueva filosofía de la historia. ¿Europa en decadencia?», *Revista de Occidente*, 1 (Madrid, 1923): 175-182.
- NIÑO, Antonio «El protagonismo de los intelectuales en los proyectos de reforma educativa y modernización cultural», en Guadalupe Gómez-Ferrer y Raquel Sánchez (eds.), *Modernizar España. Proyectos de reforma y apertura internacional (1898-1914)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2007: 199-229.
- NOIRIEL, Gérard., *Sobre la crisis de la historia*, Madrid, Cátedra, 1997.
- NORTHRUP, David, «Globalization and the Great Convergence: Rethinking World History in the Long Term», *Journal of World History*, 16 (Honolulu, 2005): 249/267.
- O'BRIEN, Patrick «Historiographical traditions and modern imperatives for restoration of global history», *Journal of Global History*, 1 (Cambridge, 2006): 3-39.
- ORTEGA Y GASSET, José *Una interpretación de la Historia Universal. En torno a Toynbee*, Madrid, Revista de Occidente, 1959.
- *Proemio*, en Oswald SPENGLER, *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*, Madrid, Espasa-Calpe, 1966, 2 vols. [1923].
- OSBORNE, Ken., «Fred Morrow Fling and the Source-Method of Teaching History», *Theory and research in Social Education*, 31/4 (Towson, 2003): 466/501.
- OSTERHAMMEL Jürgen y PETERSSON, Niels P. *Geschichte der Globalisierung. Dimensionen, Prozesse, Epochen*, Munich, Verlag C. H. Beck oHG, 2003 (hay traducción inglesa: *Globalization. A short history*, Princeton, Princeton University Press, 2005).
- PALACIOS Juan Miguel y ROVIRA, Rogelio «Prólogo», 1-1: IX-XXXV.
- PANTOJA, Diego de, *Relación de la entrada de algunos padres de la Compañía de Jesús en la China y particulares sucesos que tuvieron y de cosas muy notables que vieron en el mismo reino*, Sevilla, 1605.
- PASAMAR ALZURIA, Gonzalo «Los historiadores españoles y la reflexión historiográfica, 1880-1980», *Hispania*, 58 (Madrid, 1998): 13-48.
- PEIRÓ MARTÍN, Ignacio, «Historia y patria: la «educación histórica» de Rafael Altamira», en *Historiadores en España. Historia de la historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Pressas de la Universidad de Zaragoza, 2013.
- PÉREZ-VILLANUEVA TOVAR, Isabel *La Residencia de Estudiantes 1910-1936*, Madrid, CSIC, 2011.

- PFLUGK-HARTTUNG, Julius von (1848-1919) (ed.), *Weltgeschichte. Die Entwicklung der Menschheit in Staat und Gesellschaft, in Kultur und Geistesleben*, 6 vols., Berlín, Ullstein, 1907-1910.
- PIRENNE, Henri, «De la méthode comparative en histoire», en *Compté rendu du Ve Congrès International des Sciences Historiques*, Bruselas, 1923: 19/32.
- POMPER, Philip, ELPHICK, Richard H. y VANN, Richard T. (eds.), *World History. Ideologies, Structures, and Identities*, Malden, Blackwell Publishers Inc., 1998.
- REBOK Sandra (ed.), *Traspasar fronteras. Un siglo de intercambio científico entre España y Alemania*, Madrid, CSIC, 2010.
- REILLY, K. y SHAFFER, L. N., «World History», en M. B. Norton y P. Gerardi (eds.), *The American Historical Association's Guide to Historical Literature*, 1, Nueva York-Oxford, 1995: 42/45.
- RENOLIET, Jean-Jacques, *L'UNESCO oubliée. La Société des Nations et la coopération intellectuelle (1919-1946)*, París, Publications de la Sorbonne, 1999: 25/26.
- RIELLO, Giorgio, «La globalisation de l'histoire globale: une question disputée», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 54-4bis (París, 2007): 23-33.
- RINGROSE, David R. *Expansion and Global Interaction, 1200-1700*, Nueva York, Longman, 2001.
- ROBERTSON, Robbie *The Three Waves of Globalization. A History of a Developing Global Consciousness*, Londres, Zed Books, 2003 (hay traducción española: *3 olas de globalización. Historia de una conciencia global*, Madrid, Alianza, 2005).
- RODRIGUES, Jorge Nascimento *Portugal, pioneiro da globalização*, Lisboa, Centro Atlântico, 2007.
- ROTHBARTH, Margarete, «Le travail de l'Institut International de Coopération Intellectuelle en matière d'histoire», en *VIIIe Congrès International des Sciences Historiques. Actes du Congrès*, París, Preses Universitaires de France, 1938: 532/534.
- SACHSENMAIER, Dominic, *Global Perspectives on Global History. Theories and Approaches in a Connected World*, Cambridge, Cambridge University Press, 2011.
- SAENZ DE LA CALZADA, Margarita *La Residencia de Estudiantes. Los residentes*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2011.
- SALMERÓN, Nicolás *La Historia Universal tiende, desde la Edad Antigua a la Edad Media y la Moderna, a restablecer al hombre en la entera posesión de su naturaleza, y en el libre y justo ejercicio de sus fuerzas y relaciones para el cumplimiento del destino providencial de la Humanidad* (Gonzalo Capellán de Miguel ed.), Santander, Universidad de Cantabria, 2008.
- SCHMITT, Carl (1888-1985), *Tierra y mar. Consideraciones sobre la historia universal*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1952 [1942]
- SCHÖNEBAUM, Herbert «Skizze zur Weltgeschichte», *Archiv für Kulturgeschichte*, 15 (Erlangen, 1922): 1-20.
- SCHÖTTLER, Peter, «Henri Pirenne face à l'Allemagne de l'après-guerre ou la (re)naissance du comparatisme en histoire», en Serge JAUMAIN (ed.), *Une guerre totale? La Belgique dans la Première Guerre Mondiale*, Bruselas, Archives Generales du Royaume, 2005: 507-517.
- SCHULTE NORDHOLT, Jan Willen *Woodrow Wilson. A life for World Peace*, Berkeley, University of California Press, 1991.
- SEIGNOBOS, Charles *Historia Universal*, Madrid, Daniel Jorro, 1916-1930 (6 vols.).
- SHÄFER, Wolf, «Global History: Historiographical Feasibility and Environmental Reality», en Bruce Mazlish y Ralph Buultjens (eds.), *Conceptualizing Global History*, Boulder, Westview Press, 1993: 47/69.
- SOGNER S Ivi (ed.), *Making Sense of Global History. The 19th International Congress of Historical Sciences*, Oslo, Universitetsforlaget, 2001.
- SOLANAS BAGÜÉS, María José «La formación de los historiadores españoles en universidades europeas (1900-1936)», en Carlos FORCADELL y Alberto SABIO (eds.), *Las escalas del pasado*, Zaragoza, Instituto de Estudios Altoaragoneses-UNED, 2005: 297-320 y 306-311.

- SOLANO, F. RODAO F. y TOGORES L. E. (eds.), *Extremo Oriente Ibérico. Investigaciones históricas: Metodología y Estado de la Cuestión*, Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional, 1989
- SPAKOWSKI, Nicola «China National aspirations on a global stage», *Journal of Global History*, 4-3 (Cambridge, 2009): 475/495.
- STAVRIANOS, Louis S., *A global history of man*, Boston, Allyn and Bacon, 1962.
- STEARNS, Peter N., *Globalization in world history*, Londres-Nueva York, Routledge, 2010.
- STRASSER, Ulrike, «A case of empire envy? German Jesuits mee tan Asian mystic in Spanish America», *Journal of Global History*, 2-1 (Cambridge, 2007): 23/40.
- STUCHTEY Benedik y FUCHS Eckhardt (eds.), *Writing World History*, Oxford, Oxford University Press, 2003.
- TYRRELL, Ian «Reflections on the transnational turn in United States history: theory and practice», *Journal of Global History*, 4-3 (Cambridge, 2009): 453/474.
- V.V.A.A., «Africans and Asians: Historiography and the Long View of Global Interaction», en *Journal of World History*, 16 (Honolulu, 2005).
- «Placing Latin American in World History», en *Hispanic American Historical Review*, 84 (Trinity, 2004).
- *Atti del Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, 12 vols., Roma, Accademia dei Lincei, 1904.
- *Congrès International d'Histoire Comparée*, París, Colins, 1901.
- *Ville Congrès International des Sciences Historiques. Actes du Congrès*, París, Preses Universitaires de France, 1938.
- VADNEY, T. E., «World History as an Advanced Academic Field», *Journal of World History*, 1 (Honolulu, 1990): 209/223.
- VALLADARES, Rafael., «Tres centros y ninguno. China y la mundialización ibérica, 1580-1640», en Carlos Martínez Shaw y Marina Alfonso Mola (dirs.), *La ruta española a China*, Madrid, El Viso, 2007, 97/112.
- *Castilla y Portugal en Asia (1580-1680). Declive imperial y adaptación*, Lovaina, Leuven University Press, 2001.
- VELÁZQUEZ, Isidro, *La entrada que en el reino de Portugal hizo la S.C.R.M de don Philippe*, Lisboa, 1583.
- VERDUSSEN, Juan Bautista., «dedicatoria» a Felipe V, en Jerónimo Castillo de Bovadilla, *Política para corregidores y señores de vasallos*, reedición de Amberes, 1704.
- VERGARA MARTÍN, Gabriel María., *Nociones de historia de la civilización española en sus relaciones con la universal. Redactadas con arreglo al cuestionario oficial de esta asignatura publicado por el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes*, Madrid, Librería y Casa Editorial Hernando, 1928.
- VICENS VIVES, Jaime., *Mil lecciones de la historia .De los albores de la humanidad hasta la actualidad*, Barcelona, Instituto Gallach de Librería y Ediciones, 1951, 2 vols. (reeditada en 1971).
- WALLERSTEIN, Immanuel., *The Modern World-System*, 3 vols., Nueva York, Academic Press, 1974.
- WELLER, Vera, «Sobre la versión psicogenética de la Historia cultural. A propósito de los 100 años del Instituto de Historia Cultural y Universal en Leipzig», *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 37/1 (Bogotá, 2010): 227/267.
- WELLS, H. G. *Breve historia del mundo*, Madrid, M. Aguilar, 1921 [Londres, 1920].
- *El salvamento de la civilización*, Madrid, Calpe, 1921.
- *Esquema de la Historia*, Madrid, Atenea, 1925, 2 vols. [Londres, 1919]
- *Rusia en las tinieblas*, Madrid, Calpe, 1920,
- *La guerra de los mundos*, Madrid, 1902 [Londres, 1898].

- WILLS, John E. *1688: A Global History*, Nueva York—Londres, W. W. Norton & Company, 2001  
[hay traducción española: *1688: una historia global*, Madrid, Taurus, 2002].
- WRIGHT, Donald R. *The World and a Very Small Place in Africa. A History of Globalization in Ni-umi, The Gambia*, Nueva York, M. E. Sharpe, 1997.
- ZELLER, Gaston, «Pour une histoire des relations internacionales», *VIIe Congrès International des Sciences Historiques*, (Varsovia, 1933): 23/28.
- ZEUSKE, Michael «Zur Institusgechichte nach 1945», *Comparativ*, 1-4 (Leipzig, 1991): 54-77.
- ZHUKOV, E. M., «The periodization of World History», *XIe Congrès International des Sciences Historiques. Rapports*, 1, Estocolmo, 1960: 74/88.

